

Corrección definitiva

Ercole Lissardi

AMOR Y TENIS

Desde hacía casi cuatro meses Emidia y yo éramos amantes. Ya casi no se usa la palabra “amantes”. Una lástima porque expresaba adecuadamente el carácter clandestino y apasionado, romántico diría, de ese tipo de relación. Su sentido estaba fijado, institucionalizado. Con las debidas precauciones se la podía utilizar en público. No tenía connotaciones pecaminosas o de ilegalidad. Era casi elegante. El problema es que ninguna palabra vino a sustituirla. Hoy, para referirse a una relación adultera, se utilizan alusiones frívolas que rozan la grosería: Mengana marcha con Fulano, o Fulano se coge a Mengana. También, como restándole importancia al asunto, uno puede decir: Mengana sale con Fulano, o se ven con Fulano, y por el contexto, el que oye sabe de qué se habla. En fin, en realidad no es raro que en los tiempos en que vivimos se rechace la densidad de sentido que pone en juego la palabra “amantes”.

No era que yo hubiera dejado de amar a Amanda, mi legítima, ni que mis hijos me resultaran indiferentes. Para nada. Y me consta que Emidia sentía igual respecto de su familia. Pero no sabríamos prescindir de lo que nos dábamos en esas pocas horas felices y feroces que pasábamos juntos una vez por semana. Nos amábamos. No imagino que hubiera otra manera de decirlo, y, por consiguiente, de moda o no la palabra, y aunque por supuesto no tuviéramos ocasión alguna para utilizarla, éramos amantes. Teníamos relaciones sexuales fuera de nuestros respectivos matrimonios, ocultábamos a nuestros respectivos cónyuges que nos encontrábamos regularmente para tener sexo... ¡y cómo! ¡y cuánto! Hasta el agotamiento. Y en nuestra mente y en nuestros corazones, un amor no desacreditaba al otro.

Nunca le encontré defecto o carencia alguna a mi relación con mi legítima esposa, la madre de mis hijos. Siempre me dio afecto y comprensión, y la dosis de pasión compatible con el compartir la vida cotidiana. Y estoy seguro de que, si conociera mi relación con Emidia, no como mía quizá, sino, digamos, como de un personaje de una novela, comprendería que a mí aquella relación me daba una enormidad y que a ella no le quitaba nada, y la aceptaría como buena y sana, y santa si se quiere, y no se convertiría en un obstáculo, y hasta tomaría nota, agradecida quizá, del renovado concepto de libertad y de enriquecimiento que implicaba. Lo único que recuerdo haberle reprochado a Amanda en diez años de matrimonio es que pronunciaba mi nombre, Walter, con ve corta, cosa que yo fingía que me molestaba: nuestra única discordancia no era más que un juego infantil.

Mi relación con Emidia no tenía nada de casual. No éramos intercambiables ni descartables, no éramos una pareja clandestina entre las infinitas que nos serían posibles. Y que era así nos era evidente, no necesitábamos decírnoslo, como tampoco necesitábamos decírselo a nuestros cónyuges. Nos mirábamos a los ojos, fascinados. A veces calma, a veces intensa, en la mirada de Emidia encontraba a menudo lo que sólo sabría llamar una pregunta. Me miraba como si yo fuera su destino, o su proveedor de destino -perdón por el barbarismo-, como si a dónde estaba yendo nuestra relación fuera un enigma que yo podría descifrar para ella. ¿A dónde? Nunca lo supe y nunca lo supuse, hasta que lo que tenía que suceder hubo sucedido.

Nos lanzábamos en brazos del otro como quien salta dentro de un volcán en erupción, y sólo nos liberábamos del abrazo cuando de nosotros no quedaban más que cuerpos y almas arrasados hasta las raíces. Desnudos de toda desnudez y consumidos hasta los huesos por el exceso, nos quedábamos mirándonos con ojos sin mirada, como cadáveres después de la batalla, mudos de toda mudez, como si nunca hubieran servido de nada las palabras, enfriándose el sudor sobre nuestra piel como si se secara para siempre, sintiendo que sin aquel morir en vida ya no sabríamos vivir. Cogíamos como quien mata, como quien quiere alcanzar en el otro el oscuro centro en el que se oculta el hálito sin el cual no se respira. Amar, matar, era marcar, desgarrar, devorar, como si quisiéramos ser a fuerza de aniquilar al otro, de aniquilarnos en el otro. Nos lamíamos uno al otro cada centímetro de piel, desde los pies hasta el pelo, como quien embalsama amorosamente al otro preparándolo para un viaje sin retorno a la nada. Ignorábamos olímpicamente los límites de la fisiología y acabábamos una y otra vez hasta el total desmayo, ardiéndonos los genitales por el exceso y terminando con mordeduras en el cuello y en el pecho, y en las nalgas y en los muslos. Inevitablemente, en pleno delirio llegábamos a los golpes, nos sembrábamos en la piel, como flores mortuorias, marcas y moretones, y, como si tuviera algún significado de devoción ritual, llegamos, pero esto fue mucho después, en realidad hace poco..., a mearnos encima uno al otro, y a beber nuestros orines.

Nunca le pregunté a Emidia cómo hacía para ocultarle a su marido las trazas y las huellas salvajes de nuestra pasión. Quizá no se las ocultaba, y formaban parte de su menú conyugal, en cuyo caso me alegraba contribuir a su

felicidad conyugal, No lo sé, ni quise, ni quiero saberlo. No porque no me importe en absoluto sino porque desde el principio reservé para mi amante el honor de considerarla, más allá de su apariencia de persona sensata y moderada, como alguien, en definitiva, imprevisible y secreto. Prefiero no poder imaginar sus límites, o, en todo caso, no imaginarnos demasiado. En realidad, prefería no concederme el peligroso lujo de pensar en ella cuando no estábamos juntos. Supongo que a ella le pasaría lo mismo. No lo sé, quizá no. Quizá recordarnos cuando no estábamos juntos era parte de su menú conyugal, algo que compartía con su legítimo esposo. Por mi parte ocultaba las evidencias de nuestra pasión aplazando el sexo con mi mujer hasta el sábado y cogiendo preferentemente a oscuras. Como todo pecador irredimible veía el sexo dulce y considerado con mi cónyuge como una especie de muda confesión, y como un acto infinitamente renovable de perdón. Estaba seguro, y lo sigo estando, que en realidad no le hacía mal alguno ni con mi aquelarre de unas pocas horas por semana con Emidia, ni con el secreto poder de redención con que investía a nuestra cuota de amor conyugal.

El mundo era Emidia y yo y nada más durante las cuatro o cinco, a veces hasta seis horas por semana que pasábamos juntos cada miércoles. Los primeros encuentros, debutando ambos como adulteros, fueron en una amueblada. Antes de cumplirse el mes de conocernos decidimos alquilar un apartamentito de un dormitorio, equipado con lo mínimo suficiente. Estaba ubicado en La Comercial, en una calle lateral, aún empedrada y poco transitada, lejos de donde vivíamos y de donde trabajábamos, en un edificio de dos plantas, de buena construcción, y con la virtud de que los vecinos eran

silenciosos e invisibles. Mi idea era, por supuesto, asumir el costo del alquiler, y de la luz y el agua, pero ella se negó con firmeza, no porque pensara que el costo sería demasiado pesado para mí -evidentemente no lo era- sino porque era su manera de ver las cosas, y como tampoco me pareció que fuera a resultarle a ella un gasto pesado, acepté su punto de vista. Sin comentárselo le pagué a una limpiadora para que tuviera impecable el apartamento, y para que el miércoles a mediodía pusiera en el florero Talavera que compré para centro de mesa, un ramo de flores frescas de estación. Las preferidas de Emidia - estábamos en otoño- eran los pensamientos. Se acercaba a las flores, cerraba los ojos, aspiraba el delicado aroma y se acariciaba la cara con los pétalos multicolores. Me miraba entonces y yo veía la delicia y el ensueño en sus ojos.

3

Ella era Contadora, yo Escribano. Entre nuestros clientes había uno que compartíamos. Así fue que nos conocimos. Compartíamos también la preferencia por la sobriedad en el atuendo y la parquedad de palabras. Ninguno de los dos tenía actitud alguna de ostentación o coquetería. Realmente, si contra todo antecedente o pronóstico encaramos una relación fue porque era casi imposible que no lo hicieramos: nuestras miradas se encontraban demasiado a menudo y nos sonreímos sin razón alguna para hacerlo, exceptuado el placer que nos daba tener al otro delante. Cuando finalmente nos encontramos para tomar un café con la excusa banal de un trámite, ni por un momento intentamos una conversación trivial. Mejor quedarnos callados. Y cuando salimos a la calle fue ella la que dijo:

6

-Mejor dejo mi auto aquí ¿no?, como si fuéramos adúlteros expertos, cuando en realidad ni ella ni yo habíamos incurrido en infidelidad en los años que llevábamos de matrimonio. De hecho, no recuerdo que jamás hayamos pronunciado palabras como infidelidad, adulterio o simplemente matrimonio. En cambio, no era raro que, sobre todo ya consumada la pasión, se nos escaparan susurros acaramelados en los que no era habitual la palabra amantes

Nada más lejano a Emidia que el gusto por provocar, por ostentar su sensualidad, pero era notorio el placer que le causaba estar desnuda, al menos para mis ojos. Es raro, en una mujer tan recatada de costumbres como ella, sentirse tan segura de la belleza de su cuerpo como para ofrecérmela tan a menudo. Y es que ni ella misma podía ignorar que sus formas eran las de una verdadera Venus, y que la maternidad no les había restado gracia alguna. Tenía la cintura estrecha y las caderas redondeadas, los pechos abundantes pero firmes, con grandes areolas rosadas y los piquitos puntiagudos y diminutos, como si nunca hubiera amamantado. El vello público era negro, abundante y denso, y cuando lo separaba, la vulva era rosada y delicada, aunque se la veía rojo sangre después de un polvo. Sus cejas eran abundantes, cosa que, en una mujer, siempre pudo conmigo, su nariz era delicadamente aquilina y sus labios carnosos, el cabello largo y ondulado le rozaba los hombros, aunque llevaba siempre un moño y sólo se lo soltaba al desnudarse. Me consta que el lenguaje vacila al intentar describir la belleza de la mujer amada. En el caso de Emidia vacila... y claudica. No insistiré.

Una tarde, entre tantas, las sucesivas derrotas habían terminado por vencerme y entregarme a una prolongada modorra. En algún momento me desperté al sentir la mano de Emidia tironeándome cautelosamente de la pija, como no queriendo despertarme. Abrí los ojos. La luz del día ya se desvanecía. Vagamente pensé en advertirle que por más maña que pusiera nada iba a conseguir porque las reservas estaban agotadas. Pero no era solo maña lo que ponía. Había tanta amorosa ansiedad en la demanda que mi gusano comenzó a desperezarse. No había alcanzado una mínimamente honrosa tumescencia cuando la cálida humedad de su boca cubrió tanto como puede cubrir, o sea poco más de la mitad. La delicia era tan especial en el estado de sopor en que me encontraba que de inmediato sentí cómo, presurosa por no decir que atropellada, la emisión acudía y sin más se desbordaba en el lecho acogedor de su boca. Me aflojé por completo y dejé manar tanto caudal que tuve que abrir los ojos para convencerme, apreciando el ritmo lento y goloso de la deglución, que no era alucinación, que Emidia había alcanzado la veta más profunda, para mí desconocida, del río de la vida.

-¿Qué hiciste?, le pregunté, terminada la caricia, con el poco aliento que me quedaba.

Suspiró y lamiéndose los labios, contestó:

-Desayuno para campeonas.

Era una broma y no lo era. Cada vez que me chupó la pija tuve la alucinante sensación de que mi semen en su boca se transmutaba en un néctar nutricio y sutilmente embellecedor.

Por mi parte debo confesar que, sabiendo que chupar una concha es una práctica más o menos habitual, nunca se me había ocurrido realizarla. Ahora sé que, al menos para mí, no se trataba de disfrutar la práctica en sí, sino de encontrar a la mujer a la que espontáneamente, sin pensarlo dos veces, uno siente el deseo y la necesidad de ofrecerle la caricia a manera de tributo y homenaje. Tal cosa sucedió un día en que Emidia, después de coger, yendo al refri en busca de agua, estaba haciéndome el habitual y magnífico despliegue de su desnudez: de pronto sentí el flechazo, se me hizo agua en la boca y deseé intensamente aplicar mis labios sobre su vulva.

-Vení, la llamé, tendiéndole la mano.

Se acercó y fue a montar sobre mi vientre, sobre mi pija todavía dura.

-No, más aquí, ponete aquí, le indiqué, señalándole a los lados de mi cabeza.

Vi cómo todo su ser vibraba ante la idea. Lentamente como para que tuviera tiempo de arrepentirme de mi oferta, o como para gozar a fondo de la anticipación, se fue acercando hasta que tuve su sexo directamente al alcance de mi boca. Entonces encendió la veladora iluminando su vientre. Jadeaba suavemente. Con los dedos de ambas manos abrió el vellón y luego los labios de la vulva. La humedad del canal reflejó la luz de la veladora. Acercó más a mi boca el divino fruto. Divino fruto... así lo vi en ese momento y de ahí en más así seguí viéndolo. Abierta y expuesta, ansiosa, su concha olía al semen que había derramado en ella. Un goterón blanco emergió de la vagina. Saqué la lengua y lo recogí, recorrió después con la lengua todo el canal. Miré a Emidia a los ojos.

Su mirada estaba en la mía, pero ella no estaba allí, su mirada estaba como vaciada, desactivada.

Con la lengua es como con la pija. Quizá sea mejor tenerla larga, pero de no ser así, con la habilidad se supera la desventaja llevando el asunto del placer por otros carriles. En lo que me concierne, que si tengo una pija grande tengo una lengua, digamos, normal, en aquella primera experiencia confieso que deseé tener, y hasta fantaseé con tener una lengua tan larga como la de una jirafa, que es la más larga de que tengo noticia. Por supuesto que la primera tentación fue meter la lengua por el orificio de la vagina, utopía frustrante si las hay. Se necesita una lengua importante para que el esfuerzo valga la pena. Fui en busca del clítoris, objetivo elusivo por demás. Traté de ubicarlo con la punta de la lengua para concentrarme en lamerlo, convencido de que con eso, en agradecimiento por el placer que me daba chupándome la pija, pondría a Emidia por las nubes. Pero es tan pequeño el amigo que es difícil saber si uno está efectivamente lamiéndolo sin ayuda de la vista, ayuda en este caso imposible. Estaba demasiado ansioso por lograr resultados, Ella lo comprendió y con las manos en mi nuca me fue introduciendo en el arte fundamental, el de manejar y variar los ritmos de la caricia. Entonces sí, su vientre comenzó a ondular empujando dulcemente contra mi boca, haciendo ya no solo de la lengua, sino de mis labios y hasta de mis dientes los instrumentos de su placer. El olor de su vello púbico, sobre el cual apoyaba mi nariz, y la mezcla de jugos de su vulva, que recogía con mi lengua, me embriagaron. No sé si aquella primera vez el orgasmo que alcanzó fue perfecto, probablemente no, a todo se llega con el tiempo y con la práctica. Aquel primer orgasmo que le

di con mi boca fue quizá demasiado tenso, ansioso, apurado, como si le hubiera mordido allí justo en el momento inoportuno. Pero creo que, si yo fui un poco torpe, tampoco ella era una experta, es más, creo que nunca antes le habían chupado la concha, creo que aprendimos juntos a alcanzar las profundidades de ese placer.

5

Una tarde de volubridad fuera de control sucedió lo que tarde o temprano había de suceder. Estábamos dándonos mutuamente placer con las bocas. Ella, empalada hasta donde podía hacerlo, succionaba y tironeaba exigiendo que le soltara el semen. Ondulaba sobre mi cuerpo frotando su vulva contra mis labios. Yo chupaba y lamía y cada tanto mordía el capuchón del clítoris, embriagado por sus aromas, cuando de repente, con ambas manos, separó tanto como pudo sus nalgas, como si un escozor insoportable se le hubiera desatado y necesitara de inmediato algo que la aliviara. Sin pensarlo, porque seguramente que si lo hubiera pensado no lo hubiera hecho, ataqué con la lengua el nudito rosado y perfecto que quedó por completo expuesto. Un gemido enloquecido se soltó en el fondo de su garganta. Pero cuando, estimulado por su goce salvaje, traté de forzar el nudito con la punta de la lengua, reincidiendo en utopismo erótico, como cuando intenté penetrar con la lengua la boquita de la vagina, entonces sí, Emidia soltó su presa y gritó:

-¡Ay, Dios!

Solté en ese instante el chijetazo, que fue a darle en plena cara.
Frotando la entrepierna de arriba abajo contra mi cara como si quisiera

borrármela acabó, con tan violentos estremecimientos que pensé que o le había dado algo o se había convertido en uno de esos zombis de película que se sacuden como demonios epilépticos. Y mientras acababa, como yo seguía eyaculando, estimulada por el semen sobre la piel, aferrándose a la pija como a una manguera seguía soltándose semen sobre la cara, el cuello, el pecho y donde llegara, frenética como si estuviera no bebiendo sino bañándose en la Fuente de Juvencia. Agotados, nos abrazamos, impregnándome con el semen ya frío.

-¿Tanto semen tengo?, murmuré.

-Ojalá tuvieras más, cuando me acabás encima me siento como en el Cielo, como cuando era niña y me llevaban a Comulgar.

-Apóstata, hereje, pecadora impenitente.

-Creo que hay dietas para aumentar el flujo de semen, dijo, suspirando.

Nos abrazamos más. Tenía en mi piel tanto semen como ella en la suya.

-Y a vos ¿qué te pasó?, ronroneó.

-¿Cómo qué me pasó?, pregunté desconcertado.

-Con mi culo.

-No sé. Enloquecí. Tu culo huele a flores marchitas, podría oler así un afrodisíaco rarísimo. Sentí como que me pedía que lo penetrara, que estaba prisionero de un sortilegio del que necesitaba ser liberado.

Quedó callada. Pensé que algo la había molestado. Quizá lo de las flores marchitas... era así, un aroma a flores apenas marchitas, que no supe si provenía de dentro o había sido aplicado desde fuera. Pero después dijo:

-Ay Dios, qué hipersensible que sos. Ya quisiera yo que me la metas en el culo. Porque es cierto, mi culo está preso de un sortilegio. Está clausurado, cerrado a cal y canto.

Me abrazó más fuerte y para mi estupor lágrimas se escaparon de sus ojos.

-Pero ¿qué decís? ¿por qué llorás?, clamé, perturbado.

-Es la verdad, está clausurado, sólo se abre de adentro hacia afuera.

-No puede ser. Es decir, debe de ser una barrera psicológica, un prejuicio muy arraigado... en el inconsciente, dije por decir algo.

-Creeme que no es eso. No es una cosa mental. Hace mucho, mucho tiempo lo probé y fue un placer paradisíaco... Mi obsesión es volver a sentirlo. Pero ha sido imposible, dijo, con lágrimas bajándole por las mejillas.

-Entonces una vez, pudiste... ¿Volviste a intentarlo?

-Antes de casarme... con prostitutas. Por más que hicieron fue imposible. Uno me dijo que causar dolor no era lo suyo. Le dije que yo me haría responsable, por escrito, pero no quiso.

Por la presteza con que, entre sollozos, se lanzó a hablarlo apenas se dio una circunstancia adecuada, estaba claro que aquello, tan íntimo, sin duda que tan difícil de verbalizar, era para ella un asunto esencial y angustiante.

Obvio que ni lo habló ni intentó solucionarlo con su marido. No se le dice al esposo “dámela por el culo”, y mucho menos “aunque me duela”. La posibilidad de un sortilegio -salido de dónde, administrado por quién- me parecía, claro está, absurda.

-Pero de adentro hacia afuera sí funciona, murmuré.

-Sí... imagínate que no funcionara...

Quedamos callados, pensativos.

-Me da vergüenza contártelo...

-Estate segura de que hay una manera de solucionarlo...

-Intentalo si querés, no importa que me duela, no importa que sangre...

-Valiente la uruguaya..., dije como para aflojar un poco la tensión. ¿Tanto lo deseás que no te importa el daño?

Tardó en decirlo. Ocultó la cara y susurró como si pudieran oírla.

-Sí, tanto lo deseo... horriblemente... Y desde que te la chupo, cada vez tengo más ganas de tenerla en el culo. Tu pija es un verdadero portento.

-Mi amor, dije, acariciándola para sacarle de la cara el pelo impregnado de semen. Te prometo que la vas a tener, debe de haber una manera.

Fue la primera vez que me permitió el ingreso en su intimidad profunda, en que me reveló un secreto: su intenso deseo de ser enculada. Quedamos un

rato abrazados, como consolándonos: aquel ingreso a lo secreto, sentimos sin decirlo, de manera misteriosa marcaba el final de la fase inocente, superficial, puramente sensual de nuestra relación. No lo intentamos esa tarde, pero la ansiedad estaba activada y sabíamos que no tardaríamos en volver sobre el tema. Sin insistir, pero en mi mente estaba convencido de que era una barrera mental, un nudo mental... y físico también, claro: el de su culito... que alguna forma de terapia sabría desatar.

Estuve nervioso hasta volver a vernos. Me preguntaba si podría devolverla al placer paradísíaco, como lo llamó ella. Compré vaselina. Ella, desconfiando quizá de mi interés real en el asunto o directamente de la firmeza de mi memoria, compró también.

-¿En serio pensaste que me olvidaría?, le pregunté. Mi amor, me hice una paja pensando en romperte el culito.

-Yo no me hice una, me hice una por día, fantaseando con que me metías esta pijota, dijo, poniéndome la mano encima del bulbo. Apenas me distraía me hacía la película de cómo me enculabas.

Con Emidia soltándose así de la lengua me dio por imaginar lo que sería tenerla por esposa, lo que sería la convivencia. Pero aquella especulación no era justa con Amanda: su conducta sexual -tanto como la mía y la de todos en realidad- estaba modelada por los prejuicios respecto de cuáles son los límites convenientes para la pasión conyugal, prejuicios con los que cargamos y que nunca explicitamos ni discutimos, prejuicios en última instancia fundados sobre el precepto según el cual no debe tratarse a la esposa como se trata a las

putas, o a las amantes para no ir más lejos. A saber dónde, cuándo y con quién Amanda, confieso que con mi secreto beneplácito, habrá de soltarse como Emidia se soltaba conmigo. Le bastará para contar con mi aprobación con que no me notifique sus intenciones, ni los hechos consumados.

Completamente desnuda Emidia me dio la espalda, puso un pie sobre una silla y procedió a mostrarme cómo se lubricaba meticulosamente, primero por fuera y luego por dentro, empujando el ojete con el dedo índice hasta penetrarlo. Repitió la maniobra varias veces, hasta que el dedo se le deslizaba cuerpo adentro con total facilidad. A esa altura mi erección había dado ya el campanazo y el glande estaba tan pulimentado que en él rebotaba la luz del atardecer como si fuera metálico. Comprendiendo mi urgencia, se bañó las manos en vaselina y me untó la piña de arriba abajo. Mi piña había entrado en vibración perpetua y estaba decidido a cumplir con el mandato de Emidia abriéndome paso en su culito así se lo hiciera sangrar. De manera que, decidido a acabar con el supuesto sortilegio, apoyé la cabeza de la piña sobre el nudito y empujé, sin consideración alguna, seguro de que la puerta secreta se abriría a mi paso tan pronto como se derrumbaron las murallas de Jericó. No fue así. Avancé unos milímetros y Emidia soltó un grito de dolor que, pronto atrapado en su garganta para no advertir al vecindario de los hechos, terminó sonando como el gruñido de un cerdo en trance de ser degollado. Me detuve.

-Seguí, me urgió, con la garganta apretada.

-¿Estás segura?, le pregunté, más asustado que ella.

-Walter, dijo, impaciente, parí dos hijos. ¿Te parece que no pueda soportar que me rompas el culo?

Cegado por el mandato y por el estoicismo de Emidia, que no lo hurtaba sino que se abría con ambas manos, exponiendo al máximo el objeto de mis afanes, volví a intentarlo. Quizá avancé algún milímetro más, pero esta vez los gritos de dolor escaparon de su garganta y deben de haber revoloteado como murciélagos enloquecidos por todo el edificio. Arrancó mis garras de sus caderas y se tumbó sobre un flanco, ocultando el rostro en el edredón.

-No, dijo. No puedo. ¡Qué horror! Perdoname, pero no puedo.

La abracé y a base de besos y caricias nos fuimos calmando. Empuñó la pija.

-Es demasiado para mi culito, dijo, acariciándome dulcemente el instrumento. Para mi vagina es perfecta, pero para mi culito es imposible.

-Tranquila, todo va a salir bien, le dije al oído.

Realmente la jodía tanto como a mí aquel fracaso.

7

Ya apaciguados, espontáneamente, me habló de su única experiencia exitosa en la materia.

-Éramos chiquilines, cursábamos cuarto de liceo. Vivía con su padre, y como su padre trabajaba, la casa estaba disponible para nosotros. Yo fui la de la idea. Me despertaron el morbo las historias que contaba una compañera de

clase. Él se negaba, le parecía una idea desagradable. Pero yo insistí. No podía dejar de pensar en eso.

Calló, perdida en sus recuerdos.

-¿Cómo fue?

-Nunca me dolió. Usábamos jabón común de toilet para suavizar. Desde la primera vez le encantó. Éramos como adictos. Yo me pajeaba mientras me cogía.

Suspiró hondo y se estremeció.

-Después se mudaron a otro barrio. Nunca más nos vimos. Yo no sabía su dirección, pero él sabía dónde yo vivía. Pudo haber venido a verme para seguir la relación, pero no lo hizo, dijo volviendo a suspirar. Ahora es fácil decirlo, pero entonces éramos chiquilines, y a esa edad siempre hay cosas nuevas, todo se olvida. Tuve un par de novios que intentaron darme gusto, pero no pudieron. Corrió la voz en el liceo de que yo me dejaba por el culo. Yo era como la perra en celo a la que la manada la sigue a todos lados...

Calló un momento, perdida en sus recuerdos.

-Pensé que mi cuerpo se negaba a otra pija que no fuera la de mi bien amado. Pero en realidad el problema era el calibre. La de él era la mitad de gruesa de lo que aprendí a apreciar como normal. Traté de olvidar el asunto, pero no podía, cada tanto el deseo volvía y me deprimía, me angustiaba. Intenté con un consolador, pero fue inútil, me dolía y no me daba nada... me desagradan esas cosas... ¿Te estoy cansando con la historia de mi frustración anal?

-No, quiero saber todo de vos, dije, aunque mientras ella hablaba empezaba yo también a angustiarme buscando una solución y sin encontrarla.

-Bueno, no hay mucho más. Como te dije, antes de casarme probé con prostitutas. Pensé que eran expertos, que conocerían trucos. Pero no sabían tantos. Al final todo se reducía a lubricar y empujar, y a bancarse el dolor.

Nos abrazamos y le dije al oído:

-Mi amor, me commueve que hayas tenido confianza conmigo como para contármelo.

-Nunca a nadie se lo había contado.

Dimos vuelta la página con un delicioso e interminable revolcón, y le di una sorpresa agradable cuando al final le llené literalmente la boca con semen, y otra aún más agradable cuando le dije que había seguido su consejo consiguiendo una dieta para aumentar el caudal.

-Mi amor, dijo abrazándome y besándose en la boca. Es hermoso saber que cuando no estás conmigo pensás en mí, en cómo darme gusto.

Con el tiempo había ido descubriendo algo inesperado, me encantaba que, por supuesto que, en el momento adecuado, su aliento oliera a semen.

Pasó un miércoles, y luego otro miércoles, y fuimos olvidando el fracaso de aquel capricho, del que pareció no quedar más huella que una manchita de sangre en la sábana, manchita rebelde al lavado. Compré sábanas nuevas, y

listo. Y sin embargo, ahí estaba la piedrita, en el zapato. Sin que lo habláramos, la sensación de que en algo habíamos quedado en deuda amenazaba sordamente con joderlo todo. Absurdo, pero insoslayable.

Entonces sucedió lo del meteorito: explotó sobre Montevideo a treinta y pico de quilómetros de altura, rompiendo miles de vidrios -el edificio de las Telecomunicaciones quedó literalmente pelado-, y dejó a los montevideanos varios días con el Jesús en la boca. Todos tenemos aquella mañana presente en la memoria. Yo no llegué a ver el fogonazo porque estaba bajo techo. Pero a todos nos afectó de alguna manera: hizo de los ateos creyentes, y de los creyentes ateos, y nos dejó a todos con esa urgencia loca y sin objeto que solo puede sembrar, pero la siembra a fuego, la certeza revelada de que todo puede desaparecer en tan solo un pestaño. A mí también me afectó ¡y cómo!, pero de una manera por completo inesperada: el estallido sobre Montevideo de aquella piedra lanzada desde las antípodas del Universo, me destrabó, me dijo cómo sanar la relación con Emidia, rompiéndole el culito y dando lugar al ritual oscuro y violento del que, aunque disimuláramos, no podíamos ni queríamos prescindir.

El día del meteorito, por la tarde temprano, tenía yo agendada una partida de tenis con George. George González no era gringo sino bien de acá. El Christian name se lo debía al fanatismo de su madre por Jorge Luis Borges. Durante años, una vez por semana, nos reunimos para algo más que sudar un buen rato e impregnar la blancura de las zapatillas y las medias con polvo de ladrillo. Poníamos todo en una especie de match continuo, infinito, en el cual nunca George era definitivamente el ganador ni yo definitivamente el perdedor.

No había knock out en nuestro pleito interminable, aunque por puntos hubiera quedado claro quien ganaba. En todo caso nos comportábamos siempre, espontáneamente, como verdaderos caballeros, como si cada set que comenzaba borrara todos los anteriores, o como si los resultados estuvieran parejos y todo estuviera siempre por decidirse.

Nunca hubo una discusión entre nosotros. Jamás discutimos una pelota. Como caballeros que éramos, nuestros juegos conocían una sola regla: vos robás de tu lado de la red y yo robo del mío. Teníamos aproximadamente la misma edad, la misma resistencia física y más o menos dominábamos los mismos recursos tenísticos, los básicos digamos. La diferencia estaba en que él anticipaba mejor mis pelotas que yo las suyas, una milésima de segundo quizá, pero eso es suficiente cuando en el tenis y en las ansias no hay mayores diferencias. No diré que él llegaba a todas, pero casi, incluidas las más difíciles, ni diré que yo no llegaba a ninguna, pero francamente, de las difíciles llegaba a pocas, las más fáciles. Él era, también, más ágil con los pies, lo cual, sumado a la anticipación, le permitía llegar siempre armado y golpear con más fuerza y más precisión -razón por la cual, claro está, anticipaba aún más fácilmente.

Pelear punto a punto un set, aunque invariablemente el último le fuera favorable, ya era para mí motivo como para sentirme satisfecho. Last but not least: George era el caso único, que yo sepa, de alguien que, en tiempos del grafito y la fibra de carbono, seguía jugando con una raqueta de madera, por la sencilla razón de que la heredó de su abuelo que había sido un excelente tenista, peculiaridad que me decía de George que era por naturaleza fiel, que tenía gusto por lo entrañable y que confiaba más en las condiciones personales

que en las modas que impone la tecnología. No nos veíamos fuera del club, pero puedo decir que yo, que para nada soy amiguero, consideraba a George González como una de las personas irremplazables en mi vida.

Que un meteorito estallara en el cielo de Montevideo no era motivo suficiente como para que suspendiéramos nuestro encuentro. Cada uno por su lado, cruzamos la ciudad en la que nuestros conciudadanos damnificados seguían barriendo los fragmentos de ventanas, vitrinas, vidrieras y claraboyas, y en la que los del gremio vidriero aun no podían creer que habían sido bendecidos con semejante bonanza, y llegamos a la cita puntuales, como siempre. Cambiándonos en el vestuario y luego caminando hacia las canchas intercambiábamos anécdotas acerca del evento del día, pero al pisar el polvo de ladrillo nos concentrábamos instantáneamente en nuestra pasión compartida y olvidábamos el asunto como si nunca hubiera sucedido. ¿Debo agregar que nos dábamos la mano antes de comenzar y al terminar la partida?

La idea se me ocurrió después del match, cuando nos estábamos duchando. Las duchas del Yacht son compartidas y sin separadores, y como la potencia del chorro de agua opera como un verdadero masaje, a menudo nos quedamos un buen rato, conversando o en silencio. De más está decir que, entre caballeros, se evita cuidadosamente mirar los genitales de los demás. Se mira al piso, donde corre el agua enjabonada, o hacia arriba, poniéndole la cara al chorro de agua, o directamente a la pared. Es una cuestión de honor, y a quién no respeta esta norma implícita, tarde o temprano se termina por discriminarlo. Por supuesto que, en realidad, sí se observa los genitales de los demás, sólo que se lo hace de reojo y fugazmente, especialmente cuando se

finge mirar al piso. Conocía yo, pues, los genitales de George, aunque hasta ese día no les había prestado una atención interesada.

La pija de mi partner de tenis era larga entre las largas, y tenía ¿cómo decirlo? el calibre de una salchicha parrillera, de un frankfurter, digamos. Semejantes peculiaridades, dado el singular intríngulis en que se encontraba mi relación con Emidia, no podían sino llamarle la atención. Aun así, me llevó hasta el duchazo del día del meteorito, concebir que aquellas peculiaridades pudieran ser la llave que solucionara el problema. Ya olvidados de la casi catástrofe cósmica de por la mañana, parloteábamos trivialidades acerca de la economía y la política del día, acerca de los cuales George siempre estaba más enterado que yo, cuando, inesperadamente, sin proponerme nada, me puse a fantasear con la idea de que George fuera un taxi-boy... y de que, dadas sus peculiaridades, yo lo contratara para que me allanara el camino en el culito de Emidia. La idea me cayó encima como un palazo en medio de la frente.

Imposible conjuntar tranquilamente dos mundos tan distantes, cargados además de significados emocionales tan diferentes. Pero el relato que me hizo Emidia de su experiencia paradísíaca legitimaba a los genitales de George como el instrumento perfecto para que, si de alguna manera fuera posible, me quedara facilitado el acceso al sancta sanctorum de su deseo, y del mío. Me entusiasmé tanto que estuve a punto de soltarle ahí mismo la propuesta. Pero ¿cómo hacerlo? Yo sabía que estaba casado, aunque nunca me dijo si felizmente o no, y que tenía dos hijos, tantos como Emidia y como yo mismo. ¿Cómo reaccionaría si, entre amigos, le pedía semejante servicio? En qué

bando, de los radicalmente opuestos estaba ¿entre los que sentían gusto o curiosidad, o los que sentían disgusto ante la idea de transitar la puerta estrecha? ¿Lo había hecho alguna vez? ¡Así equipado quizá era un experto en cerrajería anal!

Aquella ducha interminable me dejó relajado, pero con la cabeza a mil. La verdad es que, sobrio y meticuloso como es -es el único tipo que he visto peinarse los pendejos, y secarse la punta del pito con papel higiénico después de mear-, tanto como yo soy ingenuo e incapaz de despegarme de la imagen de él que había elaborado durante años de intimidad tenística, no me lo pude imaginar propenso a una práctica con la cual no hay medias tintas: o apasiona o se le rechaza terminantemente. Para mí este segundo era, seguramente, su caso. Me mordí, pues, la lengua y no le dije nada.

9

El miércoles siguiente echamos un polvo interminable y feroz, con las nalgas de Emidia restallando contra mis muslos, como recibiendo un castigo, y de sus labios escapando, jadeante, la melodía del goce. Durante todo el rato mi dedo medio, envaselinado y como fuera de control, o como compensándola, se le insinuaba, como prometiéndole desatarle el nudo.

-Sí, sí, rogaba ella, culeando contra el intruso.

Pero cada vez que yo intentaba ir más allá del masaje, encontraba la resistencia que me sabía incapaz de vencer. Después, abrazados, mezclando

nuestras salivas y nuestros sudores, y respirándonos mutuamente el aliento, de pronto sentí que una redonda gota de humedad caía sobre mi hombro. Emidia lloraba, sin aspavientos, sin sollozos, sin drama, silenciosamente. Levanté su rostro para ver sus ojos anegados.

-Me siento triste, dijo, porque no te puedo dar lo que vos querés. Y que yo también quiero.

-No, mi amor, tranquila..., dije abrazándola con más fuerza.

-Volví a intentarlo con un consolador, dijo. Pero no sirvió, me dolía más todavía. No quiero morirme con el culo sellado a cal y canto. Es la maldición del primer amor..., dijo, volviendo a soltar el moco.

¿La maldición del primer amor? Ojalá, pensé. Peor podía ser... algo monstruoso, una malformación congénita.

-Pero no, pensá un poco, argumenté, ¿cómo hacés para ir de cuerpo?

-Ya te lo expliqué, dijo, sorbiéndose los mocos. Si el estímulo viene de dentro, se abre.

-O sea que se abre y se cierra, podés usarlo para lo que está diseñado. O sea que no hay nada mal en tu culito, es solo un problema técnico. Es una especie de síntoma neurótico, nada que no se solucione con un poco de magia.

Suspiró, tranquilizándose. Me miraba a los ojos exigiéndome respuestas.

-¿Qué podemos hacer?, preguntó. Puedo ir a terapia.

-No es mala idea llevarle tu problema anal al analista. Tiene sentido, aprobé bromeando.

Sonreímos. Se encogió de hombros.

-Quizá haya una solución quirúrgica, dijo, como resignada. Los cirujanos plásticos hacen milagros ¿no?

-Claro que sí, pueden abrirte otro culito en la mitad de la espalda...

Se rio.

-O en una axila, dijo.

Nos besamos. Contentos porque al menos nos tomábamos el asunto con humor.

-O podemos resignarnos, dije.

-Eso, no, respondió terminante.

Por unos segundos nos rendimos a la dulce tristeza de compartir una maldición ilevantable, de rendirnos a ella. En ese momento el Demonio de la Demencia se me insinuó: creí adivinar que, si no era conmigo, conseguiría quien le hiciera la faena, quién sabe a riesgo de qué. Dudaba aún si recurrir a George, pero en ese momento, a falta de mejor solución, me decidí.

-Y sin embargo..., dije.

-¿Qué?, preguntó ansiosa.

-Tu amor de adolescencia pudo.

-Sí, pero después nunca más. Y lo deseaba... me da vergüenza decirlo, pero siempre me pareció el colmo del placer... es más... como si haciéndolo hubiera estado a punto de alcanzar algo maravilloso, el ápice del deseo...

-Pero ese ápice... en realidad, nunca lo alcanzaste...

-Claro que no... éramos chiquilines... atropellados, demasiado ansiosos.

Metérmela y acabarme adentro ya era para nosotros la gran cosa... después fue que empecé a sentir que habíamos estado al borde de una... maravilla...

Suspiró hondo, transportada a otro tiempo, a otro lugar, a otra piel.

Quedé callado. La idea de apelar a mi partner de tenis se me volvió irresistible.

-No te pongas celoso, pidió acurrucándose contra mi flanco.

-No es eso. Al contrario... me estaba preguntando si aceptarías... estar con alguien, alguien que tuviera una pija mágica como la de tu noviecito, y que se prestara a ayudarnos.

Me miró a los ojos, sorprendida.

-¡Qué ocurrencia! ¿Y de dónde saldría ese fulano?

-Tendría que encontrarlo yo, por supuesto.

-Pero... es imposible.

-Quizá... pero ¿aceptarías?

Me miraba a los ojos preguntándome si le hablaba en serio, o como calculando cuánto de malo o de bueno podría salir de aquello, qué significaría aquel giro impensado para nuestra relación y si estaba dispuesta al riesgo.

-Aceptaría, dijo finalmente. Lo haría por vos.

Me abrazó fuerte, como para sellar un pacto inevitablemente trascendente. Fue un abrazo inoportuno ya que era casi hora de irnos, y entre

su vientre y el mío creció instantáneamente una erección por demás exigente. Su boca bajó por mi vientre como un animalito meloso, hasta encontrarse cara a cara con el inconveniente. Lo empuñó y le habló encima, como si fuera un micrófono.

-Por vos, repitió, rozando con sus labios la piel ultrasensible, dejando sin aclarar si el vos al que se refería era yo o mi pija.

Dicho lo cual inició un lento meneo y con la punta de la lengua hurgó en la boquita del glande.

10

En resumidas cuentas: dos de las tres partes involucradas o involucrables en la operación ya estaban de acuerdo. Comprometido como estaba con Emidia para liberarnos de nuestro karma anal se imponía ahora que convenciera a George de participar, y cuanto antes, mejor. No fue fácil el primer paso. No tanto por la posibilidad de quedar pegado con George como un triste libertino potencialmente homosexual, sino sobre todo porque me importaba tanto el placer tenístico que compartíamos desde hacía años, que la posibilidad de que se ofendiera o se disgustara a tal punto con la propuesta que decidiera acabar con nuestra relación deportiva me angustiaba tanto como la posibilidad de que el karma anal terminara por arruinar la relación con Emidia. La alternativa era no arriesgarme a la propuesta, quedándome para siempre con la duda de si hubiera funcionado la magia, o arriesgarme, y en ese caso, o bien la

28

cosa no funcionaba y el karma seguiría allí, tozudo como un cáncer, con el agravante de que habría enturbiado inútilmente mi sacrosanta relación con George, o bien la cosa funcionaba, y entonces habría arriesgado el Mundo, pero ganado el Cielo. Hice de tripas corazón y lo arriesgué todo.

Para el lunes teníamos agendada nuestra partida semanal. Soplaba fuerte del Sur, y estando las canchas del Yatch junto al mar, aunque estén protegidas por un talud de tierra y por una línea de transparentes, el viento movía tanto la pelota que el juego se transformaba en tortura. Nos sentamos, pues, en un rincón protegido a esperar que aflojara un poco la intensidad del viento. La circunstancia me pareció adecuada y le solté la bomba. Primero le expliqué, como caído de la nada y como un puro delirio, que tenía una amante. Las cejas se le arquearon, sorprendido por la irrupción de un área temática que nunca habíamos transitado. Seguí adelante sin más, explicándole que mi amante tenía el ojete tan apretado que, dada mi fisonomía genital, me resultaba prácticamente intransitable. El asunto le hizo gracia y por pura cortesía se rio, pero apenas, con una risita que no llegó a salir de su garganta. No puso el grito en el cielo porque se tratara del culo. Por lo menos, pensé algo aliviado, no es un puritano recalcitrante del culo. Pasé entonces al meollo de la cuestión, que consistía en convencerlo de que, dadas las características de su fisonomía genital quizá él podría abrirnos el camino hacia el placer que ansiábamos. Con lo cual confesaba haberlo espiado en la ducha, pero sin lo cual la propuesta no era posible. Como tal caballero pudo haberse declarado ofendido por mi implícita confesión, pero no lo hizo.

-Sí, dijo, con cara de considerar seriamente el asunto. Tenés un miembro inusualmente gordo, reconociendo sin más que también él había tomado nota de mis genitales.

-¿Me entendés entonces?, le pregunté, viendo quizá ya luz al final del túnel. Antes de que me respondas quiero pedirte que, si esta propuesta te parece definitivamente incongruente con el carácter de nuestra relación, la olvides. Lo que vos y yo tenemos como amistad tenística sería una catástrofe para mí que lo perdiéramos.

-Entiendo, dijo y quedó pensativo, rascando el encordado de la raqueta para alinearla. Pero mirá... paró un poco el viento... aprovechemos para disputar por lo menos un set y después seguimos con el tema.

Creo que mientras jugábamos le estaba pasando por la cabeza la película de lo que implicaría aceptar la propuesta, porque nunca me resultó más fácil ganarle. Al terminar, sin esperar más, al darnos la mano por encima de la red, me respondió, tan seriecito como si me estuviera aceptando un plan de negocios:

-Podés contar conmigo. Haré todo lo que esté en mis manos para sacarte del problema.

Comprendí, no sin emoción, que su intención no era ganarse un polvo inesperado, sino mostrar su consideración por el amigo, extendiéndola generosamente a la amante del amigo. Claro está, concluí que este tirarse al agua tan confiado sólo podía significar que no le faltaba experiencia en la materia. Mejor así, por supuesto.

Apenas llegado, sin anestesia le soltó a Emidia que a las cinco de la tarde vendría a visitarnos alguien que reunía las condiciones adecuadas como para sacarnos del problema. Quedó pasmada. Temí que entrara en pánico. Una cosa es admitir teóricamente una posible solución, y otra poner el cuerpo para comprobarlo, especialmente si hay que poner la parte más secreta del cuerpo. Por lo demás, Emidia adora a su familia. Tener un amante es admisible, razonable, sano, normal si se quiere, pero lo que tenía que encarar era tener dos amantes. Temí que se le cruzaran los cables y diera marcha atrás.

-¿En serio?, fue todo lo que se le ocurrió decir.

-¿Te parece que puedo estar hablando en broma? Te dije que buscaría quién nos sirviera y lo hice.

-Pero ¿tan pronto?

-Fue una casualidad.

Quedó callada, digiriendo la situación.

-¿Te da cosa?

No respondió. ¿Cómo podría no darle, si a mí me daba?

-¿Vos vas a estar presente? No me irás a dejar sola...

-No sólo voy a estar, dije abrazándola protector, en el rato que queda hasta las cinco te voy a dejar tan cogida que el asunto con él va a ser tan frío y técnico como una visita al proctólogo.

Suspiró, como resignada. El momento había pasado. Mi presencia protectora le había bastado. Me abrazó y se encontró con el bullo, duro como si fuera de roble.

-¡Caramba!, fingió protestar. ¡Qué impertinente!

Se arrodilló y abrió la bragueta, pero dado el tamaño de la erección tuvo que soltarme el cinturón y abrir la jaula por completo para liberarla. Con todo, antes de enmudecer y enmudecerme de placer le vino un ataque de parla frenético y descarado como nunca.

-¿Sabés por qué me gusta que me acabes en la cara y en las tetas, por qué me gusta que me mees encima, por qué me dejo coger por el tipo que traés?

-¿Por qué?

-Porque soy tu puta, y me gusta. Nunca sentí eso antes. Podés hacer connigo lo que quieras. Podés humillarme, pegarme...

-Eso no, dije, fingiendo espanto.

-¿No? Pero si a veces me dejás como si me hubieras dado una paliza. Mi amor, esto recién empieza...

Desnudó el glande y le dio una lamida obscena, con toda la lengua.

-Ya que querés saberlo, te lo digo, anunció aunque yo no le había pedido nada. Cuando vengo a coger con vos no siento que soy una casada infiel, siento que soy una puta, tu puta, sin condiciones. La verdad es que, si quisieras, podrías ponerme a trabajar para vos.

-Me vas a enloquecer, Emidia...

-Te estoy ofreciendo mi última virginidad, la más secreta, la de decirlo todo.

-Mi amor, dije, tratando de calmarla con un poco de sentimentalina.

-No soy tu amor. Tu amor es tu mujer, la madre de tus hijos, yo soy tu puta.

La hice callar presionándole la nuca y llenándole de pija la boca hasta hacerle sonar la campanilla. Las arcadas la hicieron desalojar la media pija que le cabía en la boca.

-Bestia, le dijo, lamiéndola de abajo arriba. Pronto voy a tenerte toda entera clavada en el culo.

Así fueron las cosas mientras esperábamos la llegada de George: desquiciadas. Deslenguada, Emidia parecía haber perdido el control de lo que pensaba y decía, como si quisiera quemarme el cerebro, escandalizarme. Por supuesto que esa condición de mi puta, que reivindicaba, en ciertos extremos no sería capaz de realizarla, aunque yo lo quisiera. Era en realidad lo que imaginaba y deseaba. Era, quizá, nuestra realidad como debiera de haber sido de no estar ambos cautivos de compromisos ineludibles. Nuestra relación no sería nunca lo que debiera, pero éramos por lo menos capaces de ir hasta donde era posible y cubrir el resto con palabras. Cogimos como endemoniados, pues, diciéndonos hasta lo que nunca imaginamos que tuviéramos para decirnos, brotando las palabras de quién sabe qué fuente remota, llevándose por delante todo comedimiento y todas las inhibiciones. Como si hubiéramos

asumido que, si íbamos a cruzar el límite que íbamos a cruzar, más valía que lo hiciéramos sin tapujos, sin disfraces, sin guardarnos nada, pasando por encima hasta de la excusa del culo tapiado, desnudos de toda desnudez ya no del cuerpo sino del alma.

-¿Vas a dejar que este tipo te rompa el culito?

-Sí, por vos... para vos... ya no sé ni lo que digo...

-¿Pero le vas a pedir que te lo rompa?

-Sí.

-¿Le vas a decir rompeme el culito?

-Si vos querés que se lo diga, se lo digo.

-¿Y lo vas a disfrutar?

-No. Las putas sólo disfrutan con su chulo.

-¿Cómo vas a hacer para no disfrutarlo?

-Mientras me coge te voy a chupar la pija.

-También podés hacerte una paja mientras me la chupás.

-Claro que sí. Él que haga su trabajo, pero el placer es nuestro. Se lo secuestramos.

-¿Y si viene inhibido? Porque no es un prostituto. Puede necesitar una ayuda.

-Se la chupo. ¿Eso querés?

-Nunca pensé que fueras tan puta.

-Pero lo soy. Soy tu puta. Podés hacer conmigo lo que quieras. Están a tu disposición, mi cuerpo y mi mente.

-¿Y él? ¿También puede hacer con vos lo que quiera?

-Solo si vos lo dejás. ¿Lo vas a dejar? ¿Y si me hago la difícil?

-Le digo que te obligue, que te pegue.

-¿Dónde?

-Donde quiera. En la cara, dije.

Tenía la pija a reventar otra vez. Empecé a meneármela.

-¿Y qué más?, preguntó, pajeándose a su vez.

-Que te retuerza los pezones.

-¿Y eso te va a gustar?

-Me calentaría, podría acabar mientras te castiga.

-¿Acabar? ¿Podrías acabar?, preguntó babeándose, como si me lo pidiera, al borde del orgasmo.

-Si... acabar..., murmuré y al decirlo desmonté y le solté el semen encima de las tetas mientras ella se frotaba con fuerza, hasta también acabar, arqueándose y gruñendo, como si le doliera.

-Mi amor..., le dije besándola en la boca. Todo va a salir bien.

-No sé, dijo, jadeando suavemente. Siento que me estoy yendo a la mierda. ¿No te estoy dando asco?

-Para nada, mi amor, al contrario...

-Tu mujer es tu amor. Yo soy la puta que le ofrecés a este tipo. Que me coja entonces, murmuró. Hasta que tenga el culo como una seda.

En la dulce espera volvimos a coger, pero esta vez mudos, sañudos, como si más que quedar bien cogidos quisiéramos quedar fritos. Curiosamente en este segundo polvo vez solté mucho más semen que en el primero.

12

Ya cerca de las cinco me puse un pantalón y una camiseta, y Emidia se encerró en el baño para darse una ducha. Zumbó el intercomunicador.

-Soy George.

Presioné el botón para abrirle. Emidia salió del baño con una toalla a manera de turbante para secarse el pelo. Estrenaba el quimono que le regalé el miércoles anterior, una hermosura Made in Japan, de pura seda, con estampado de grullas, y que me costó un ojo de la cara. No se puso el obi, pero cerró la bata cruzándose de brazos.

-Me siento mismo como el chulo que entrega su puta al cliente, dije.

-No te preocupes, yo me siento como la puta que su chulo entrega al cliente, respondió sonriendo animosa.

-Y mirá cómo estoy..., dije, compungido, señalándole el bulto notorio en el frente del pantalón.

-Mirá yo, respondió abriéndose la bata para mostrarme los pezones agresivamente erectos.

-¿Es que estamos locos?, balbuceé.

-Mi amor, respondió, ya pasó el tiempo de las dudas.

Sonó el timbre de la puerta. Abrí y ahí estaba George. Por un momento, al verlo por primera vez fuera de nuestro contexto habitual, no lo reconocí. Con su cara de nada, su traje gris y sus zapatos con gruesa suela de goma me pareció un vendedor o un inspector de algo. ¿Quién es este jovenazo rubicundo con ojos más celestes que azules, y qué quiere? ¿Es un mormón, un médico de radio, alguien que se equivocó de puerta? ¿Este es el atleta inagotable que me hace sudar la gota gorda una vez por semana y del que yo, secretamente, pienso que es uno de los seres irremplazables en mi vida? Pero mientras yo pugnaba por salir del sancocho de mi confusión mental la mirada de él se había deslizado hacia el interior del apartamento y se había detenido en Emidia. Me hice a un lado para que entrara, pero no lo hizo. Se quedó clavado frente a la puerta, como si un calambre lo hubiera agarrotado desde la nuca hasta los talones. Giré la cabeza, temeroso de que algo le hubiera sucedido a Emidia a mis espaldas. Por ejemplo que, fuera de control, hubiera abierto el quimono, como una puta que promociona su mercadería. Pero no, ni siquiera tenía la cara que pudo haberle provisto el ansia por conocer la jeta de este nuevo y raro momento al que estaba destinada. Estaba tan rígida como George. Como si les hubiera dado un calambre contagioso. No pude sino adivinar que algo inédito sucedía, les estaba sucediendo.

-¿George?, emitió Emidia con un hilito de voz incrédula, como aferrándose a una pizquita de duda.

George no dijo nada, notoriamente porque le resultaba imposible articular ni media palabra. ¡Se conocían! La idea se abrió paso entre la densa niebla que rodeaba mi mente. Entre todos los candidatos posibles había elegido a uno que Emidia conocía. Y al encontrarse en semejante situación les había caído como un hachazo en la nuca. ¿Quién era George? ¿Su cuñado, un cliente, un colega, su vecino de puerta? ¿Algo peor aún? Pero ¿qué, por Dios, qué?

-Entrá, por favor, dije haciéndome a un lado para dejarlo pasar.

Entró con paso robótico, la vista fija en Emidia, sonambúlico, o como si un demonio lo empujara paso a paso a su perdición. Cerré la puerta. Mutuamente hipnotizados me ignoraban por completo. Se miraban uno al otro como quien mira un cadáver recién resucitado. Comprendí que no eran... simples conocidos. No se queda uno sin aliento por encontrarse con un conocido, así sea en la más comprometedora de las situaciones. ¿Eran... no, imposible... eran o habían sido... amantes? Pero no, aunque lo hubieran sido no daba para tanto pamento. Se miraban como se mira espectros, y comprenderán lo que quiero decir los que hayan tenido la oportunidad de ver alguno. Espectros provenientes de una remota, intimísima y secreta experiencia... de las que dejan una huella imborrable, una huella que, de revivirla, commueve hasta el estupor. Entonces se me hizo la luz. Por absurdo que pudiera resultar, hasta el punto de no caber en lógica alguna, comprendí que George era el novio de adolescencia de Emidia, el mismo que le había revelado los misteriosos placeres del culo.

¡Cataplúm! De repente la realidad se dobló en cuatro como, un pañuelo, y luego en ocho, y luego desapareció, confirmándome lo que siempre sospeché, que en realidad no hay tal realidad y que lo que llamamos realidad no es más que un amasijo de juegos mentales, como bien lo decía Andrei Biely. Emidia me miró, y su estupor leyó en el mío que ya lo había adivinado, que no necesitaba decirme quién era George. Abrió la boca como para agregar algo, pero calculo que estimó mejor no trivializar con palabras aquel misterio. Fueron minutos, tal vez sólo segundos, en los que el tiempo se detuvo, o sea, que duraron una eternidad. Ninguno de los tres sabía qué hacer o decir, porque ¿qué hacer ni qué decir? Cualquier cosa hubiera salido sobrando, hubiera sido poco o demasiado. Finalmente, George habló:

-Quizá sería mejor..., dijo, pero calló, y no dijo qué pensaba que sería mejor.

El silencio se ahondó, amenazando con volverse dramático. Entonces Emidia tomó la palabra:

-Quizá no sea necesario..., pero tampoco aclaró qué no sería necesario. Pensé que había querido referirse a lo no propuesto por George.

Se me ocurrió que, si en aquella situación alguien tenía que hacer de mediador, ese alguien era yo.

-Bueno..., dije, soltando un suspiro importante, como para indicar que tomaba las riendas de la situación. Dados los hechos... no buscados por nadie, pero irrefutables, creo que tenemos dos opciones.

Tengo la costumbre de, en cualquier situación dilemática, enumerar las opciones. Lo cual es bueno porque aporta la ilusión de ordenar la discusión, y es malo porque puede pasar que al cerrar el campo se excluya opciones a las que luego habrá que llegar trabajosamente.

-Opción uno: seguimos adelante con lo que estaba previsto para este encuentro, y dejamos lo otro para mejores circunstancias.

A Emidia se le escapó una sonrisa nerviosa. Miró a George, que más que nervioso se veía tenso, como si aquello le pareciera una perversa encerrona destinada a... ¿a qué?

-Opción dos, seguí, invertimos las prioridades y dejamos el motivo original de este encuentro para mejores circunstancias.

Comoquiera que fuese, sentí que mi parloteo había relajado un poco la situación.

-Yo lo único que puedo decir..., anunció finalmente Emidia, es que no creo que esto esté realmente sucediendo.

-Sí, comproto, dijo George medido y meticoloso como siempre. Las posibilidades de que algo como esto suceda sin que nadie se lo haya propuesto son tan ínfimas que creo que podemos tranquilamente actuar como si no estuviera sucediendo.

-Sí, coincidió ella, pero podemos, por ejemplo, especular con lo que diríamos si esa ínfima posibilidad realmente se produjera.

-Especular podemos, concedió él, pero ¿quién sabe qué diríamos si esto fuera real? Sospecho que si esto fuera real, no tendríamos nada que decir, o sería tanto que mejor sería no decir nada.

-Es posible que tengas razón, coincidió ella nuevamente, y que lo mejor sea, como vos decías, tranquilamente actuar como si no estuviera sucediendo.

Yo los escuchaba maravillado. Parecían un duetto de flautas dulces improvisando un arabesco luminoso y complicado, o dos mariposas revoloteando al sol en su ritual de apareamiento.

13

Sugerí que siguiéramos con el tema sentados a la mesa y tomando un café. Había comprado una cafetera y café de Colombia molido fino. Lo preparé, cada tanto mirándolos de reojo: conversaban, primero inclinados uno hacia el otro, y luego tomándose de las manos, muy cerca las cabezas, como para apenas susurrarse. Por supuesto que sólo había comprado dos tacitas para café, de manera que el tercero me lo serví en un vaso. Como lo tomo sin azúcar me olvidé de comprar, pero no les importó. Bebieron el café y lo elogiaron como correspondía, porque en el tema soy casi un experto. No pude evitar preguntarme si aquel fatal concurso de circunstancias no terminaría para mí en un doble duelo, perdiendo a aquella que despertaba mis pasiones como ninguna y perdiendo al mejor compañero de tenis que he tenido desde que opté por el más hermoso de los deportes. En fin, Dios proveerá, pensé, seguro que no tenía nada que reprocharme ya que siempre actué con la mejor intención y tan apgado a la lógica como pude. Bebimos en silencio.

-Entonces... ¿los señores del jurado han llegado a un veredicto?,
bromeé.

Él se escondió detrás de su taza. Fue ella la que habló.

-Decidimos seguir adelante con el propósito que nos trajo aquí, dijo,
suspirando hondo y mirándome a los ojos con una mirada que seguramente
quería decir un montón de cosas, pero que sobre todo me decía que estaba
satisfecha con lo que habían decidido. Es más, que ella había forzado esa
decisión, contra el deseo de George. Poniendo su mano sobre la mía me
preguntó: ¿Estás de acuerdo?

Miré a George, que me devolvió su mirada impasible de caballero
satisfecho de sí mismo que por sobre todas las cosas respeta las reglas de
juego, pero también la mirada firme de quien asume integralmente aquello que
durante años nos ha unido, aquello tan parecido a la amistad. Comoquiera que
fuese era por demás natural y comprensible que, puesto que lo que estaba en
juego era el cuerpo de su amada inmortal, George prefiriera terminar con aquel
compromiso de darme servicio. Comprendí también, si es que tenía alguna
duda, que Emidia me amaba de verdad. De no ser así no hubiera forzado la
decisión que me comunicaron. Se hubiera entregado sin más a su amor
fantasmático, que le garantizaba sin más trámite, entre otras cosas, el retorno
al placer paradisíaco.

-Muy bien, me sumo al voto de ustedes, dije, quejándome, pero muy
veladamente de que mi aprobación se requiriera una vez decidido el asunto por

mayoría de dos. Pero sepan que aceptaría de buen grado si se decidiera aplazar por unos días la... consumación.

Se miraron, largamente, hasta quedar de acuerdo. Podían pues ponerse de acuerdo sin hablar.

-Me parece que lo mejor es que procedamos ahora mismo, dijo él.

-Sí, yo pienso lo mismo, dijo ella. Y te pido que te quedes...

-¿Como testigo?, pregunté. Yo no necesito ver para creer.

-No como testigo, sino porque yo lo deseo, dijo, y se volvió hacia George:
¿Estás de acuerdo? ¿Estás bien?

Él le sonrió y creo que por primera vez capté cuánta ternura podía expresar su mirada. Y comprendí, sin sorpresa en realidad, que las dos décadas que habían pasado sin verse, como dice el tango, no contaban para ellos, tal era la intensidad de que estaban cargadas sus miradas. Pensé entonces que a él, y no a ella, podía herirlo nuestro acuerdo: tendría que abrir el cuerpo de su amada para que me resultara posible sodomizarla. A ella no la podía herir que su primer y eterno amor la abriera para mí sencillamente porque ella no me amaba menos que a él. Y comprender esto explicaba por qué, herido o no, él aceptaba seguir adelante: si Emidia no me amaba menos que a él, de requerir la exclusividad, podía eventualmente quedarse con las manos vacías.

-Vengan cuando los llame, dijo Emidia dirigiéndose al dormitorio y dejando la puerta entornada.

-Es todo muy raro ¿no?, dije cuando quedamos solos, por decir algo sin decir nada.

George me contestó con una sonrisa, como para tranquilizarme.

-Es raro, pero todo va a salir bien, dijo. Te agradezco que hayas sido...
¿cómo decirlo?... el puente para llegar a este encuentro insólito.

Calló un momento, pensativo, y su sonrisa se acentuó.

-En realidad no sé cuánto más voy a tener que agradecerte, agregó con un tonito enigmático.

Lo vi tan contento con su pequeña felicidad reencontrada que me dieron ganas de patear el tablero. Así soy, a veces me irrito injustamente.

-¿También me agradecés el servicio al que me estás obligado?

Se le borró la sonrisa, me miró como si no me reconociera.

-No te estoy obligado, dijo. Pero si lo estuviera igual te estaría agradecido, porque me parece el precio justo para conseguir lo que me espera.

Transitamos un silencio molesto. Su respuesta trasuntaba una generosidad casi caritativa.

-Pero esta no me parece la mejor manera de encarar el momento, dijo después, conciliador. Especialmente entre nosotros, agregó apelando a la amistad.

Comprendí su esfuerzo por rescatarnos, pero estaba trancado en mi gratuita irritación y no supe dar marcha atrás.

-Los cristianos sabemos compartir ¿no?, dijo entonces, sorprendiéndome. A saber de dónde me sacó cristiano. Compartir es la base misma de nuestra comunidad.

No me dio para preguntarle si su cristianismo convocaba a compartir el culo de una hermana en la fe. Nuestro frágil pacto, atado con piolines, se hubiera ido sin más al carajo. Y Emidia no me lo hubiera perdonado. Pero... ¿qué exactamente es lo que no me hubiera perdonado? ¿Cuál sería el nuevo escenario si me hartaba y mandaba todo a volar? ¿Emidia continuaría las relaciones con ambos, pero con cada uno por su lado? ¿O huiría de nuestra tontería revivificando los sagrados votos del matrimonio? Mejor cerrar el pico y seguir adelante con lo pactado, aunque de aquí en más George me considerara ya no solo hermano en el tenis sino también en la fe. El atleta inagotable resultó que tenía no solo una pija presuntamente mágica sino también un corazón de peluche.

15

Emidia estaba sentada en la cama, con el quimono prácticamente abierto. Me senté en el sillón del rincón entre el tocador y la ventana. George se quitó el saco y la corbata y se sentó junto a Emidia. Ella se inclinó hacia él y

45

le habló al oído. Él le respondió de la misma manera. Aquello me pareció bastante absurdo.

-Realmente no necesito estar aquí, dije. Puedo esperar afuera.

-Pero yo quiero que estés aquí, dijo Emidia terminante, girando para mirarme.

-¿Por qué?, protesté.

Sí ¿por qué, para qué? ¿Morbo? Yo había estado pensando la situación en términos de una mujer que se comparte entre dos hombres a los que ama y que la aman, o algo así, y resulta que ella la estaba viviendo, viviendo en términos de morbo. ¿Quería mis ojos para verse cogiendo con George? Sin responder, Emidia se puso de pie, y se acercó a mi rincón. Se inclinó para hablarme al oído.

-Tocame, dijo.

Su cuerpo y el quimono impedían que George nos viera, aunque de todas maneras él, caballero como siempre, no nos estaba mirando. Le oprimí una teta y luego la otra, suavemente, y suspiró en mi oído.

-Abajo, dijo.

Bajé la mano a la entrepierna y separé los labios. Estaba empapada. La penetré con el dedo medio y jadeó en mi oído. Se apaciguó, se enderezó, se cerró el quimono y volvió junto a George. ¿Era esa su manera de responder a mi pregunta de por qué yo debía permanecer en el dormitorio? ¿Qué si no? ¿Amor y morbo, todo a la vez? ¿Me sorprendía? ¿Qué esperaba yo? ¿Todo

bien separadito? ¿Amor cuando corresponde y morbo cuando corresponde? Al parecer era todo lo contrario, y nadie está preparado para navegar en aguas tan turbulentas.

Después, inesperadamente, ni se miraban ni se tocaban. Pensé que todo el asunto fracasaba por una especie de imposibilidad radical, interior. Implosionaba. De pronto me parecieron incapaces de mancillar la imagen de su amor adolescente, que habían guardado en la memoria. Me parecieron un espectáculo lastimoso, y que no tenían por qué padecerlo. No en mi nombre. Me preparé para decir algo que terminara con aquello. Que olviden cómo llegaron a esto y que recomiencen de cero. Sin mí. Es su vida. Así pensaba, renunciando generosamente a Emidia y a su delicioso nudito rosado.

Pero entonces George, con un movimiento tranquilo y natural deslizó el quimono sobre los hombros de Emidia. Le acarició los pechos con dedos de brisa y la besó en los labios como si no quisiera despertarla. Ella permaneció inmóvil, la mirada escondida, como si experimentara vergüenza. Comprendí por qué prefería que estuviera en el dormitorio, viéndolos... aparte, quiero decir, del amor y del morbo: si no estaba ahí ella tendría que estar pensando, imaginándome en la exclusión. En cambio, si estaba ahí, ella podría descargarse de mí, podía ignorarme. En mi sillón, quieto, observándolos, a menos que me descontrolara, yo no era más que una mirada lisa y llana, quizás indiferente, pero en todo caso no más que una mirada. Se besaron, pero no como en la realidad, sino como en la imaginación, o en el recuerdo, o en el sueño. Se miraban apenas, como si temieran dañarse con la mirada, disolverse en el aire.

De pronto, sin mediar palabra, les vino la urgencia. Él terminó de quitarse la ropa y ella, que se tendió sobre la cama abriendo de par en par el quimono, por un momento me miró, aunque, estoy seguro, sin verme. La desnudez de ella era de un blanco mate, la de él blanca como la leche. Suavemente, con las puntas de los dedos de una mano, la invitó a separar las rodillas y ella obedeció, mostrándole la vulva; su mirada estaba atrapada por la erección larga y orgullosa, y a la vez dulce e inofensiva. Se reconocían, reconocían sus cuerpos perdidos durante tantos años, quizá al borde del olvido. ¿Los tomaba la urgencia del deseo, comprobar que el deseo aún estaba allí en estos cuerpos trabajados por la vida? ¿O sentían urgencia por cumplir con el pacto que tenían conmigo, de manera de liberarse de mí, de ahí en más por toda la eternidad? Ni lo uno ni lo otro, flotaban en una urgencia sin tiempo, sin mañana, sin circunstancia, sin mundo, sólo empeñada en transformarlos en su propio pasado.

George lubricó cuidadosamente su imperturbable erección y se arrodilló entre las piernas de Emidia. Se las levantó, tomándola por las corvas, lo suficiente como para que le quedara a la vista el objetivo. Apoyó entonces la punta de la pija sobre el nudito y empezó a empujar con las caderas. Fue como si hubiera susurrado una contraseña. Ella, que se retorcía para poder ver la operativa, soltó de pronto un suspiro de alivio y de encanto. Desde donde yo estaba podía apreciar en detalle el diálogo de los cuerpos. La rigidez de George desapareció por completo entre las nalgas de Emidia. La pija mágica se había asomado, sin dificultad, a los abismos interiores. No puedo afirmar que él fuera un experto en la materia, pero me hubiera sorprendido si la

habilidad que demostró no fuera producto de una práctica asidua y concienzuda.

Hubiera querido salir de ahí, huir, desaparecer de este momento que en realidad era solo suyo. Me sentí vil, sentí que les imponía mi presencia como si en alguna medida yo fuera el dueño de este reverdecer de su amor. Pero en seguida: No, pensé, mordiéndome los labios, al César lo que es del César, y con el resto que hicieran lo que quisieran. Esperaría, presenciaría, comprobaría que se consumara el sacrificio que me debían, y entonces cosecharía el tributo que me correspondía. La exhibición obscena de su intimidad, el servicio de ensanchar para mí la puerta estrecha, el martirio al que luego yo sometería a Emidia arruinando definitivamente la belleza de su nudito, martirio que yo no permitiría que George se ahorrara, porque así como yo fui testigo, él también tendría que serlo, todo esto sumado terminaría quizás de unirlos como nunca antes, o los separaría, ahora sí para siempre. Lo cual no sería, por cierto, asunto mío.

Colgándose Emidia con sus brazos del cuello de George y subiendo las piernas hasta apoyarlas sobre sus hombros, por completo abierta y expuesta en posición de total entrega, se dieron a un intenso susurrar, tan bajito que, desde mi lugar, no podía entender lo que decían, o tal vez se hablaban en un idioma extraño del que yo no reconocía ni una sola palabra. Parecían tomados por la urgencia de decirse todo lo confiado durante años a la añoranza, a la soledad y al silencio, y de decirlo ya, en medio de lo más profundo del polvo. Como ya no soportando más palabras Emidia se aplicó a devorarle los labios. Apoyado solo sobre sus manos y los dedos de los pies, como si estuviera

haciendo push-ups, concentrando toda su potencia en clavarse en ella, con el cuerpo de Emidia colgado del suyo, George la penetraba con todo el largo, a repetición, como un autómata, incontenible, implacable hasta la crueldad o algo parecido. Pero aún rompiéndome los ojos, decidí, porque sí nomás, que no me engañaban las apariencias de la delicia total... Emidia fingía rendirle homenaje a la pija fantasmal de su novio de adolescencia cuando en realidad lo que quería era facilitarle a Mi Majestad la Meca de sus entrañas, lo que quería era ofrecerme el dolor auténtico cuando le desfondara el culo apenas entreabierto por su delicado noviecito, el mismo frío, feroz y meticoloso campeón que se divertía haciéndome morder el polvo de ladrillo una vez por semana y cada tanto dejándome ganar un set. “!Así, campeón!” me dieron ganas de gritarle a la máquina de coger a mi amante, para que acabara de una buena vez. Como si oyera mis pensamientos ella me miró con ojos de narcotizada y me sonrió con tanta dulzura como si la estuviera cogiendo yo... esta tergiversación de su dicha al parecer absoluta era la única manera en que yo podría soportar aquello hasta el final.

16

Se comprenderá al leer esto desde qué espíritu, desde qué nido de contradicciones feroces, como serpientes, observaba yo el apareamiento anal de George y Emidia. Lo que más me carcomía era pensar que ellos desde chiquillos supieron la magnitud de la transgresión en la que incurrián, porque aún a su tan poca edad no podían no saber que coger por el culo al menos para la gente seria, o al menos cristiana, era algo prohibido, reprobable, repugnante y digno de los más severos castigos, que hasta donde yo sé ellos

50

no tuvieron que enfrentar. Así pues, desde críos habían aprendido este placer digno del Infierno, saboreando en la mirada del otro, como un acto de amor, el gusto temprano por la obscenidad y la indecencia, aunque en el santuario de sus almas lo guardaran en el lugar reservado para lo más puro y lo más sublime. Dios los bendiga... me pregunto cómo con tal debut pudieron aceptar vivir lejos el uno del otro. Bien dicho está que todas las heridas con el tiempo se curan, todo dolor se olvida, y de no importa qué bendición perdida puede prescindirse en esta vida hallando alguna forma de confort y de consuelo.

Goteaban profusamente ambos, por sus sienes y por sus flancos. Y como todo termina, aquello terminó. Ella hurgó con una mano en su entrepierna, frotando por dentro y por fuera. La melodía del éxtasis escapó de sus labios, hasta que explotó de placer, no tanto quizá como el que esperaba alcanzar, pero el suficiente como para caer como desmayada. Él siguió adelante, multiplicando sus afanes como el que, enloquecido por el olor de la sangre, sigue tajeando a un enemigo, que, incapaz de sentir ya nada, no ofrece resistencia porque está muerto. Hasta que, con una última estocada, la más profunda, soltó su carga de Vida en lo más hondo del lugar inapropiado. Sin gran alboroto, como corresponde a un caballero, apenas gruñó, un gruñido corto pero dramático, y se derrumbó sobre la yacente, que no tomó nota del desconsiderado aplastamiento de que era objeto.

El insuperable atleta no solo había echado un buen polvo, no solo había cumplido con creces, como pude comprobar, el servicio a que se había comprometido, dejándome bien abierto el culito de mi amante: había echado un polvo súper medida como para irse cobrando por todos los que no echaron en

todos los años en que estuvieron viviendo en la misma ciudad y sin embargo infinitamente lejos uno del otro. Su modesto gruñido puede interpretarse así como un gruñido de bestia satisfecha, y por más que el saco escrotal se le viera de modestas proporciones, debe de haberle soltado dentro un buen chorro de semen, como pude comprobar de inmediato, porque al final, con cada embestida el anillo vencido de Emidia rebosaba una abundante resaca de blanca espuma. Jadeaban volviendo en sí, y uno era la orilla a la que el otro, náufrago de la pasión, había conseguido llegar, bastante sano y salvo. Se acariciaban el pelo empapado por el sudor y se babeaban las bocas, restaurando el balbuceo indescifrable para prometerse y jurarse a saber qué cosas.

Pero era el momento de interrumpirlos. Que terminaran de prometerse para siempre lo que fuera, pero no en ese que era mi momento, al que no iba a renunciar. Mi erección, dura hasta el dolor, no le permitiría a mi bella mente ponerse generosa con ellos. Me puse en pie y me desnudé. George giró la cabeza para mirarme. Lo que vio fue a mi portento en pie de guerra. Y créaseme que una cosa es verlo lágicamente disfrutando de una ducha y muy otra verlo pronto para lanzarse al combate. Emidia flotaba en la modorra, ajena a la nueva inminencia. Enfrentado a la contundencia de mi argumento, no vi en la mirada de George intención alguna de negarme mi momento. Él era el león y yo la hiena, yo había sabido esperar a que el rey saciara su hambre, ahora era el momento para la hiena de acceder a los restos del festín. Cuando me acerqué George se puso de pie cediéndome el cuerpo de Emidia.

Aquel momento, que debí haber vivido como un momento de perfecta comunidad, súbitamente se me hizo repugnante. Absurdamente deseé que George optara por resistir a piñazos la entrega. A punto estuve yo de soltarle el primer golpe para forzarlo a una resistencia inexistente. Imágenes contradictorias saturaron mi mente. Emidia, como drogada por el exceso de voluptuosidad, se deja hacer por un par de patanes que intercambian gestos de caballerosidad por demás fingida y extemporánea. Después es una prostituta que satisface a dos clientes que han sorteado turnos para hacer uso de su cuerpo. Después Emidia es la heroína romántica que nos ama por igual y que no acepta decidirse por uno o por el otro. Después somos miembros de una secta en la que está prohibido poner límites a la voluptuosidad propia o a la de los demás. Mientras yo deliraba, George no sacaba la vista de mi portento. Entonces, de repente, sin decir agua va, atrapó con mano hábil, no sin firmeza, el tallo de mi pija, haciéndome sentir lo que siente el mango de su raqueta cuando la empuña.

-Por las barbas del Profeta..., susurró sin duda que con la intención de agregar un aire cómico a la situación.

Demasiado sorprendido no me resistí al manotazo. Hizo retroceder el prepucio para desnudar el glande y de la boquita escapó una gran gota líquida y transparente.

-¿Te parece que ella va a poder con esto?, preguntó tragando saliva al por mayor.

-No será porque no quiera, repliqué, terminante.

-Walter.... no vayas a lastimarla..., pidió con un tonito que no pudo sonar ni más auténtico ni más hipócrita, y amagó, quizá... me pareció... amagó a desarmarme... quiero decir, descargarme... drenar el ímpetu de mi erección...

Tan confuso como si me hubieran dado un puñetazo en la frente, no pude con aquella situación absurda.

-Ya quisieras poder sangrarle el culo como yo se lo voy a sangrar, susurré, furioso, tratando que Emidia no oyera. ¡Derramada esa sangre Emidia es mía para siempre!

Fue como si le escupiera en plena cara.

-No seas estúpido, dijo con un cuchicheo feroz, tratando también él de mantener baja la voz. ¿Te creés que cuando la desvigué a los quince años no sangró?

- La concha le habrá sangrado, el culo estoy seguro que no.

Blanco pálido como es se puso del todo colorado. Se mordió los labios. Nos mirábamos a los ojos como para incendiarnos con la mirada. Entonces, de pronto, jadeando, se tranquilizó. Me soltó como si recién se diera cuenta que me tenía atrapado por el rabo.

-No la lastimes, suplicó

Creo que su gesto nos salvó de sumirnos en quién sabe qué.

No dije nada. Recuperada mi libertad de movimiento encaré comprobar cómo y cuánto de útil me había resultado el servicio prestado. Tironeando

suavemente del cuerpo de Emidia, que entreabrió los ojos y me sonrió, muy poco dispuesta a colaborar con mis esfuerzos, invitándola a obedecerme con manos cariosas pero firmes, la fui llevando a ponerse en cuatro sobre la orilla de la cama. Al rozarle las nalgas con el portento, dijo, somnolienta:

-Ahora sí vas a poder ¿verdad?

Le separé las nalgas y pude apreciar lo que George había logrado. El delicioso nudito rosado había sido desatado, transmutado en un orificio redondo como un bostezo, no muy grande pero lo suficiente como para invitarme a allanar la última estrechez. Me envaseliné la pija y le envaseliné el bostezo, por dentro y por fuera. George se sentó en la cama y le tomó a Emidia una mano, como si fuera yo a operarla sin anestesia. Ella ocultaba la cara en el edredón, tal y como si estuviera imitando a un aveSTRUZ. Que ellos hicieran lo que quisieran para encarar lo inminente e ineludible, pero este era mi momento y nada me iba a detener. Ya sabría ella elegir entre la mía y la del campeoncito, más allá de la nostalgia. Apoyé el glande sobre el orificio y empujé con las caderas. Avancé, pero no sin dificultad. Gritó. Me detuve. Él me miraba con cara de no voy a permitirte que la lastimes.

-No tenés por qué quedarte, vos ya cumpliste, le dije.

-¿Querés que me vaya?, le preguntó George al aveSTRUZ.

-No, gruñó Emidia entre dientes, claramente concentrada en el dolor.

Tenía la pija clavada hasta el cuello del glande. Avancé más, esta vez sin escándalo. Me reí porque pensé que si George insistía en proteger el delicado culito de su amada le diría si prefería ocupar el lugar de la damnificada. No lo

dije, por supuesto, hubiera sido brutal, e injusto para con la pondonorosa actitud de que había hecho gala en todo momento. Poco a poco y sin más resistencia llegué a tenerla del todo clavada. Miré las nalgas por completo separadas por la intrusión de mi portento. Me sentí como mirando el mundo desde la cima del Everest. ¿Es esta una comparación infantil y poco feliz? Puede ser, pero cada uno goza a su manera las conquistas que puede alcanzar, y yo sentí que aquello era lo más cerca que iba a estar en mi vida de mirar el mundo desde la cima del Everest.

Hubo sangre, sí, pero nada del otro mundo. Retiré el miembro apenas unas gotas, unas trazas. Con un gesto caballeroso de más George tomó un pañuelo impecable y doblado del bolsillo de su pantalón y secó primero la mucosa dañada del nudito y luego las trazas sobre mi piel. Fue una hemorragia mínima, superficial. Volví a envaselinarnos y lenta pero seguramente retomé la posición. Ahora sí... no quiero decir que ya no le doliera, pero su gemido empezaba a parecerse a una expresión de placer. George debió adivinar lo que estaba pasando, porque intentó tapar el sol con un dedo. Se sentó delante de Emidia con las piernas separadas y la pija a medias tumefacta, e intentó lo que yo había pensado hacer, y que, absorto en el espectáculo de los amantes, olvidé poner en práctica, o sea, robar el protagonismo del placer, obligar a compartirlo. Levantó la cara de Emidia, y desnudando el glande, exhortó:

-Tomá, mi amor, chupalo.

Groggy como estaba ella no captó lo que estaba en juego, y abriendo la boca alojó cuanto pudo del miembro. Acepté el reto y me lancé a la contienda, y entonces, en ese momento, en un instante de total lucidez, adiviné a dónde

conducía aquella ansiedad anal incontrolable por la que estábamos poseídos y lanzados a la transgresión y al exceso. Conducía -¡y ella, quizá sin saberlo, lo sabía, de allí su obsesión!- a la rareza, a la joyita sepulta en su cuerpo y que la hacía capaz de la octava maravilla del placer erótico... ¿acaso el mismísimo orgasmo anal, en auténtico estado puro? ¡No! Las cosas eran de otro vuelo, mucho más allá del simple orgasmo anal, del que no falta quien haya tenido la experiencia, por rara que sea. Mi portento, en su descontrolada embestida, decidido a alcanzar un estallido fenomenal, fue a dar, cara a cara, con lo desconocido, con lo increíble, con aquello ni siquiera imaginable, porque estoy seguro de que era por primera vez en la historia de la humanidad que se descubría y se experimentaba su existencia... Lo supe en cuanto vi cómo explotaba el goce, sacudiendo a Emidia como atrapada por una fuerza sobrenatural ¡habíamos dado con el otro Punto G, el que desde el fondo de las entrañas permite alcanzar el grado superlativo del placer anal!

¡Pim, pam, pum, cabúm! Froté el Punto con la punta de la pija, tal como Aladino frotaba su lámpara, y el placer explotó como explota un fuego de artificio que cubriera por completo el cielo nocturno. Emidia abrió la boca, soltando la pija de su noviecito, se arqueó y, como alcanzada por un rayo en el centro mismo de su ser, gritó como para que, ahora sí, la oyera todo el vecindario. La pija de George, cargada también ella por excitación que, le gustara o no, le causaban nuestros excesos, soltó un chijetazo que fue a dar justo en la cara de Emidia, que no dejaba de estremecerse y culear contra mi portento, olvidada de toda incompatibilidad de proporciones, solo consciente de que con aquella pija podía llegar, estaba llegando, había llegado a una

explosión de sensaciones insospechadas. Cuando acabé fue como si la espesa correntada bañara la zona más sensible, y la pusiera a modular otra vez la canción del placer insopportable. George, compungido al ver dónde había ido a parar su disparo, que colgaba de la nariz de Emidia, clamaba pidiendo perdón.

-Ay, no, mi amor, no fue mi intención, perdóname te lo pido, por lo más sagrado, etc, etc.

Perdón ¿por qué? Valiente cristianismo el que le permitía compartir el culo de la mujer amada, pero no acabarle en la cara. El chijetazo en pleno rostro no había sino multiplicado el placer de Emidia, haciéndolo más mental, o más espiritual, digamos. George no podía imaginarlo, pero lo que consiguió con su incontinencia fue que Emidia sintiera como que yo tenía dos pijas, y mientras con una le barrenaba el culo con la otra le bañaba la cara. Pero, en fin, la verdad es que no tengo más que una pija y que para este tipo de polvo holístico no tengo más remedio que recurrir a una pija vicaria. Lo cual no impidió que justo antes de derrumbarnos Emidia exclamara:

-¡Dijiste que conseguirías una pija mágica para acabar con mi karma anal, pero resultó que la pija mágica era la tuya!

Yo quedé ahíto, George compungido y Emidia estremeciéndose todavía como si el orgasmo no quisiera abandonarla. Intentando recuperar el aliento oímos el latido frenético de nuestros corazones, pero más aún nos ensordecía el silencio clamoroso de nuestras mentes intentando interpretar el frenesí de lo vivido. ¿Qué saldría de esta refriega en la que sería la presa la que decidiera la suerte del cazador?

El despertador acabó con la modorra cavilosa. Emidia tomó el primer turno al baño. Tuvo el detalle de, al darnos la espalda, desnuda, preguntar:

-¿Se me nota mucho?

Esa es mi gauchita, pensé. Y respondí:

-Antes estabas buena, ahora estás divina.

Quizá George se amoscó un poco con la coquetería de Emidia y con mi cachondería. ¿Esperaba que la tratara como si fuera su esposa? Pero, en fin... un par de minutos después, dejando atrás el entredicho y todo lo demás, me recordó que teníamos reservada la cancha para el sábado temprano de mañana. Eso me gustó. Todo es importante, pero para un tenista lo más importante es el tenis. Tomé el segundo turno al baño. Hubiera querido dejar una oreja en el dormitorio para saber qué se decían. Cuando George fue al baño, con Emidia nos abrazamos larga y dulcemente, como si fuera esa noche la última vez. Que ni se nos ocurrió, por supuesto, que fuera a serlo. Nomás era un ataque controlado de romanticismo. Salimos los tres juntos, nos dimos besos de despedida a la francesa y luego cada uno se fue por su lado. No se pusieron de acuerdo en nada al despedirse, por lo que deduzco que se habían puesto de acuerdo mientras yo estaba en el baño. Mirando a George alejarse hacia su auto, Emidia me dijo, con una sonrisita pícara estirándole los labios:

-Qué locura ¿no?

-Sí, coincidí.

-Esto dice algo acerca de nosotros, me parece...

-¿Qué sería?

-Deja claro que lo nuestro no es una relación cualquiera.

-¿Alguna vez pensaste que lo era?

-Claro que no. Ni por un solo minuto.

20

El sábado a las nueve de la mañana, puntuales como siempre, George y yo concurrimos a nuestro compromiso. No puede sorprender si digo que, habiendo compartido el tenis durante años, cuando lo vi esa mañana ni me pasó por la mente el intenso episodio del miércoles. Hubiera sido totalmente contrario a nuestras actitudes y a nuestros hábitos que apenas nos encontráramos en el club nos dedicáramos a poner los puntos sobre las íes del asunto. En realidad, de lo que espontáneamente conversamos fue de la devaluación del peso anunciada el día anterior. Quizá pudiera juzgarse como una oblicua manera de reconocer y a la vez de vengarse de mi victoria (¿victoria?) en la conquista del cuerpo de Emidia el que, mientras yo jugaba como siempre, él jugó como nunca, y el resultado fue que en los dos sets que jugamos no me dejó ganar ni un solo punto. Sólo después, cuando nos enjabonábamos bajo la ducha le pregunté, sin vueltas:

-¿Quedaron en verse?

Tanto tardó en responderme que pensé que se estaba haciendo el sordo. En realidad, comprendí, hubiera preferido, y hubiera sido lo correcto entre

60

caballeros, que le hiciera la pregunta a Emidia. Me estaba dando tiempo para que asumiera mi error, aunque, comoquiera que fuese no podía sino responderme. Y con la verdad simple y llana, por supuesto. Porque supongamos que me respondiera que no quedaron en nada o que quedaron en hablarlo más adelante, cuando se caía por su peso que ya en el apartamento mientras yo estaba en el baño, o más tarde, por teléfono, habían acordado verse. Esa respuesta hubiera implicado que estaba de acuerdo con Emidia en no decir la verdad, en que ella también me mintiera, con lo que tendríamos un esquema según el cual cada uno de nosotros engañaba a su cónyuge y además ellos me engañaban a mí. Menuda tontería de la que los creo, por supuesto, por completo incapaces. Claro está que responder con la verdad implicaría la voluntad de generar una especie de comunidad sexual ampliada, que no podría ser sino inestable, y que no podría sino evolucionar, temprano o tarde, hacia mi salida o expulsión, o a la salida o expulsión de él, para no considerar la posibilidad que fuera ella la que nos abandonara. Pero esta hipótesis de la comunidad sexual inestable en realidad para mí no contaba: para ser sincero más creía yo en una especie de matrimonio de tres clandestino que nos uniría en la salud y en la enfermedad, en la prosperidad y en la adversidad, hasta que la muerte nos separe. Juro que cuando hice aquella pregunta simple y desubicada, no otra perspectiva habitaba en mi mente. En fin... supongo que todos tenemos alguna utopía amorosa o erótica incumplida... Pero bueno, si me hubieran preguntado en ese momento, eso hubiera respondido.

-Sí, quedamos en vernos el martes, dijo finalmente, y agregó: Mi hermana se fue por un año a Suecia y quedé en cuidarle el apartamento.

No lo dije, pero les agradecí que se hubieran buscado otro lugar, aunque ella tenía el mismo derecho que yo al lugar que alquilábamos a medias. Se verían pues, y al día siguiente ella estaría conmigo. Podrían haber puesto un poquito más de distancia. ¿O debía considerar en la proximidad temporal el deseo de extender los beneficios del servicio prestado? Y en ese caso ¿la iniciativa era de él o de ella? Quizá era el momento para que habláramos con más profundidad del asunto. Pero no lo hicimos. Dejamos en manos de la fatalidad el hipotético futuro de nuestra comunidad. De lo que estuve seguro es de que pasara lo que pasara él no dejaría de acudir a nuestra cita tenística. En eso estaba en juego algo esencial, más importante que hacer deporte, competir y/o disfrutar del juego que amábamos. Sólo in extremis, pero realmente in extremis daríamos por perdido ese espacio. Era como si las responsabilidades y los esfuerzos de nuestras vidas tuvieran por objetivo generar ese espacio sagrado. Para decirlo sin pelos en la lengua, y aunque por nada del mundo nos lo confesaríamos, nuestro tenis... y debe tenerse en cuenta que, sin esfuerzo él pudo haberse conseguido un partner que jugara mejor que yo, que lo estimulara más en el perfeccionamiento de su juego... nuestro tenis, decía, tal y como lo hemos compartido durante tanto tiempo, no era en absoluto algo que estuviéramos dispuestos a sacrificar para gozar de las concesiones de una mujer, de Emidia dado el caso.

Claro está que el hecho de que hubieran decidido tan de inmediato crear un espacio para ellos, cosa que en realidad no puede sorprender dada su

historia, o sea que más bien sorprendería que no lo hubieran hecho, podía implicar que mi victoria no había sido tal, o no tan contundente, a menos que Emidia tuviera, sin saberlo yo, una secreta predilección por los perdedores... Pero pensar algo así era cruel e innecesario: un sentimiento suspendido durante tanto tiempo renace con tal fuerza que pasa por encima de asuntos menores como quién la tiene más gorda y quién la tiene más flaca, quién activa el Punto G Anal y quién ni noticia tiene de que exista. Las relaciones entre las personas implican una cantidad de preguntas para las que solo demasiado tarde se adivinan las respuestas.

21

¿Asistí a la cita del miércoles siguiente en el estado de espíritu consistente en asumir que cualquier cosa podría suceder? No, para nada, Sabía que, denso como pudiera haber sido el encuentro del martes, explosivo e implosivo como pudiera haber sido, ella venía a mí como siempre, aunque no para lo de siempre, sino para una experiencia de goce insólitamente renovada. Me la encontré, pues, no diré que amorosa como siempre, sino más bien eróticamente ansiosa como nunca. Ignorando en principio el llamado del culo, cogimos como antes de que estallara nuestra ansiedad anal y alcanzamos aquellos mismos límites de placer, fundidos en una sola conciencia y una sola piel. Después, apaciguados, mezclados los sudores, los aromas y los aientos, nos confirmamos, hablando bien bajito, con la voz del alma, algo que en realidad nunca habíamos olvidado: que nada nunca podría separarnos. Nadie podría quitarnos este pequeño estado de Gracia que habíamos construido al margen de nuestras familias, de nuestras vidas y del mundo. Era siempre algo

63

dulce de escuchar, una especie de consuelo infinito, inoxidable para todo lo que en nuestras vidas pudiera resultarnos desgraciado o falto de Gracia. Amén.

Fue entonces que, cuando comenzábamos a resucitar de nuestras cenizas, me dijo que desde el miércoles anterior había vivido en una especie de estado de hipersensibilidad de todo su cuerpo, le parecía caminar sin pisar el suelo, y me anunció que le resultaba esencial comprobar que durante nuestro coito anal no habíamos vivido una especie de alucinación erótica.

-¿A qué te referís?, pregunté, haciéndome el confundido: aunque sabía perfectamente de qué hablaba quería saber cómo ella lo había procesado íntimamente.

-Me refiero a que, aparentemente... decime si no estoy desvariando... habríamos descubierto que existe una zona de hipersensibilidad erótica muy adentro...

-¿Muy adentro de qué?, pregunté fingiéndome por completo desorientado.

-Del culo... de mi culo al menos, susurró, como muy consciente del absurdo en que incurría.

-Ah..., hice, como recién comprendiendo el tenor de su preocupación. No, no creo que exista semejante cosa. Seguramente que es algo mental. En determinadas circunstancias... extremas... el morbo se remonta e imaginamos cosas que nos excitan más allá de toda medida... ¿no te parece?

-No sé..., dijo, dudando un poco bastante. A mí me pareció muy real, muy poco mental.

Hice como que pensaba minuciosamente el asunto.

-¿Chequeaste Inteligencia Artificial?, pregunté muy serio.

-Lo hice. Dice que no hay ni podría haber tal cosa, porque no hay concentraciones de terminaciones nerviosas en los intestinos.

-Ya veo... ¿y a vos eso antes nunca te pasó?

-Sabés que no, respondió un poco sacada por la pregunta.

-¿No te pasó con George?

-Sabés que no, repitió quizá ya sospechando un poco que le tomaba el pelo. Te lo hubiera dicho.

-¡Qué raro! ¿Será que soy yo el que tiene algo raro?

-Tremenda pija es lo que tenés, dijo y diciéndolo empuñó el instrumento, que daba señales de un creciente interés en la conversación. Su mano no hizo nada para tranquilizarlo, antes bien al contrario.

-¿Vos creés..., preguntó volviendo al tema, con cara de preocupación, ...que descubrimos algo que la ciencia humana desconoce, algo destinado a cambiar... a... a redireccionar definitivamente el mundo de las relaciones eróticas?

-Yo no lo haría público, dije inclinándome hacia ella para buscar sus labios con los míos. Al menos no antes de comprobar que no sufrimos una alucinación erótica...

-Y aún así..., dijo acariciando sus labios con los míos. Si reveláramos el descubrimiento acabaría la privacidad de nuestras vidas eróticas, seríamos objeto de incesante investigación, y lo que es peor, sería una crisis absoluta para nuestras familias...

Me iba sumergiendo en las delicias del beso, apagando por momentos su muy razonable discurso.

-Y además... imagínate que en realidad fuera yo la única que tiene esa... peculiaridad: todo el mundo querría cogerme... todos querrían sentirse el titán capaz de ponerme en órbita...

-Por Dios, no digas eso...

-Ah ¿verdad? Imaginate cómo me pone a mí la idea...

-Tenés razón, alcancé a decir. Mejor va a ser cerrar el pico definitivamente. Y, por supuesto... empezar por comprobar la realidad del fenómeno...

Se inclinó sobre mi vientre y se llenó la boca con una pijá que, en realidad, ya no necesitaba más prolegómenos. Montó sobre mí a la inversa de manera de ofrecerme la visión completa de la zona de interés. Seguramente habían tenido sexo anal, aunque su ojete no dibujaba tanto como un bostezo sino más bien una grietita, pero que no invitaba menos al pasaje al interior. Me pregunté con una pizca de nostalgia si nunca más volvería a ver aquel nudito rosado. Lo cargué con vaselina y le hundí el dedo medio. Encontrando el pasaje por completo dócil le hundí también el índice. Ver su culito penetrado

primero por un dedo y luego por dos me quemó la cabeza, me pareció de un... erotismo... insoportable. No pude ni quise contener el disparo.

-Voy a acabar, le advertí.

Alojó la pija tanto como pudo y disparé directamente en su garganta. Tragó con avidez.

-Estás como loco, dijo después, observando que la erección no cedía.

-Vos me tenés hecho una bestia, le aclaré.

-¿Y vos a mí?

-Eso es una pregunta retórica, murmuré.

-Ociosa y viciosa, confirmó.

22

Se paró sobre la cama con un pie a cada lado de mis caderas. Miré el espléndido vellón negro con la lengüita colorada apenas emergiendo. Se agachó, con una mano mantuvo la pija bien vertical hasta embocarla en la grieta. Entonces, con el peso de su cuerpo fue clavándose la pija centímetro a centímetro hasta tenerla dentro por completo. No hubo entusiasmo ni dolor, solo una total concentración en el auto-empalamiento. Logrado removió un poco las caderas, con mucho cuidado, como si estuviera manipulando una bomba.

-En la concha no me cabe toda... pero el culo... el culo no tiene fondo, dijo como susurrando data de un experimento peligroso. No puedo decirte qué se siente al tener clavada en el cuerpo semejante pija... Debieras de probarlo.

Entonces pasó el peso de su cuerpo de sus pies a sus rodillas, y se inclinó hacia adelante. Yo estaba ya, otra vez, caliente... es decir... para ser preciso... me sentía otra vez repleto de semen. Me llené las manos con sus tetas y las oprimí como para que le doliera. Suspiró entregada a la voluptuosidad.

-Más fuerte, susurró. Los pezones.

Los retorcí hasta que se babeó del goce.

-No más, pidió jadeante. Dejá que me concentre en... aquello...

Empezó a culear despacito. Soltando apenas un par de centímetros de verga para volver a clavársela y frotarse contra mi pubis. Con la mirada fija en la nada, estaba totalmente concentrada en las sensaciones que le llegaban desde las sentinelas de su cuerpo. Cada tanto soltaba un gemidito que, apagado en la garganta, no llegaba a formarse. Después de una larga y minuciosa exploración, de pronto tuvo un sobresalto, un gesto de sorpresa, y quedó inmóvil.

-Ahí estás... creíste que podías esconderte eternamente..., murmuró tensa, mordiéndose los labios para no babearse.

Me miró. Nunca pensé que fuera a ver en los ojos de aquella mujer moderada y prudente, espejo de todas las virtudes, una mirada tan al borde del desquicio, parecía estar mirando fijamente algo insólito de lo cual no podía quitar la vista sin riesgo de catástrofe.

-¿Qué hago ahora?, murmuró como una niña que tiene una culebra atrapada por la cola.

Pensé que su pregunta era en extremo correcta. “¿Qué hago?” y no “Hacé algo”: era ella la que debía vivir hasta el final la peripecia, activando o desactivando la bomba. Era algo entre ella y su cuerpo, los secretos de su cuerpo. Mi pija provisionalmente era de ella, se estaba cogiendo con mi pija, con mi pija ella debía aprender a producirse un goce insólito que sin mi pija no podría aprender a producirse. Era una forma insólita de la masturbación, con la que aprendería a dominar esta forma superlativa del goce de la que me costaba creer que alguna vez existieron mujeres que la conocieron. Alguien hubiera dado testimonio de semejante cosa.

-Frotalo, le dije. Despacito.

Con su pija ortopédica natural Emidia frotó la zona y soltó de inmediato un ¡Ay! desfalleciente de pasión.

-Siento que me atrae, me atrapa, resbaló y caigo, dijo asustada. Me va a lanzar quién sabe a dónde... sin retorno...

-No será para tanto..., le dije para tranquilizarla.

Pero ya no oía nada. Se lanzó a galopar con mi pija el fondo mágico de su culo. Y lanzó un grito de placer tan diabólicamente modulado, como si le estuvieran desollando el alma, tan atronador, que si en ese mismo instante ella, con toda su calentura, hubiera explotado y desaparecido en el aire como una pompa de jabón no me hubiera asombrado. Pero eso no sucedió, no desapareció en el aire convertida en nada, sino que se estremeció retorciéndose en torno a la pija que tenía clavada, como una serpiente alcanzada por un flechazo y después se lanzó de firme y con saña a cabalgar

mi pija, es decir, su pija, como persiguiendo aquel placer demoníaco que se le escapaba ocultándose en el laberinto de sus entrañas, y con cada una de las penetraciones con que se relanzaba en la persecución un nuevo orgasmo le explotaba quién sabe dónde, y así sin cesar durante tiempo suficiente como para que empezara a asustarme y a pensar en pedir ayuda.

Finalmente quedó aplastada sobre mi pecho, como una medusa, empapada como por un sudor oceánico, jadeando y boqueando como una criatura de las profundidades puesta a morir en la orilla.

-Mi amor..., susurré como para no asustarla al despertarla. ¿Estás bien?

-Estoy bien..., murmuró, agotando un último jadeo. Pero quisiera no haber pasado por esto. Fue demasiado... Quisiera que siguiéramos siendo los que éramos antes.

-Lo somos..., dije. Lo seremos...

-¿Me lo prometés?

-Te lo prometo.

-¿Nunca más esto?

-Nunca más.

Suspiró soltando el aire muy despacito.

-Sólo en feriados y fiestas de guardar, dijo después, con una mirada de picardía al borde de la indecencia, y ya aquietada la respiración, se entregó al desfallecimiento.

Pero antes alcanzó a decir algo que me sorprendió que fuera siquiera capaz de pensar:

-En un circo hay payasos, domadores, trapecistas... de todo... pero vos... vos sos el dueño del circo.

23

Con aquel que no haya oído de labios de su amor, su amada o su amante que es el dueño del circo, la vida está cruelmente en deuda, porque le ha negado el derecho a sentirse detentador de la llave de lo sublime. No hay entrega erótico-amorosa más completa que la que incluye esas palabras. Muy bien se cuidan las mujeres de pronunciarlas, y solo lo hacen cuando se les escapan de la garganta sin siquiera haberse propuesto pronunciarlas. Saben que de esas palabras no se retrocede. Pueden borrarse con el codo los te amo y los no te amo, pero a la confesión de que él es el dueño del circo no hay corrosivo que pueda hacerla desaparecer, porque lo que esta confesión sencillamente implica es que sin él no hay circo y por consiguiente la vida es algo mucho menos digna de ser vivida.

Al pronunciar Emidia esas palabras, tal y como yo lo siento, nos hemos encerrado para siempre en nuestra relación, la hemos cerrado con llave y hemos lanzado la llave en medio del Océano. Hubiera querido seguir flotando en aquel saber de lo sublime, pero sonó el despertador y Emidia, ligera como un fantasma, salió de encima de mí como si se desprendiera de mí y me abandonara. Se vistió en la penumbra y silenciosa como una mariposa me besó apenas y desapareció.

71

Ahí quedé, planchado, sin fuerza para mover un dedo, repensando la situación y asumiendo que si Emidia no estaba prisionera de un delicioso delirio, significaba que por lo menos el noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento de las mujeres no tenía ni idea de aquel punto secreto, oculto en el lugar a priori más inapropiado, y que por consiguiente, por bien que cogieran haciendo uso del sistema clitorídeo-vaginal, en realidad nada sabían ni imaginaban del más poderoso de los orgasmos.

Me pregunté si deberíamos de hacer público nuestro descubrimiento, al fin y al cabo no sería menos trascendente que el descubrimiento del clítoris o del Punto G vaginal. La pregunta es, claro está, ociosa, ya que ¿cuál sería la finalidad de estas páginas sino narrar la peripecia que desembocó en nuestro descubrimiento? Y sin embargo creo que debiéramos de reservarnos este saber, porque no cabe duda de que liberar un saber tan potente puede tener consecuencias tan buenas o tan malas, como las que tuvo liberar la fórmula de la bomba atómica. Tal y como está de podrida el alma de la humanidad, fácilmente puede inventarse la forma de utilizar su potencia para hacer daño, o para explotarla económicaamente, o para disolver todas sus virtudes en la inocuidad. A nadie sensato este mundo no le produce paranoia. Así pues, no menos inconsistente que un mago copto coronaré mi escrito, paradojalmente, con un pórtico que proclame la advertencia “Maldición eterna a quien lea estas páginas”.

En resumidas cuentas: con su legítimo Emidia copula por razones fisiológicas y contractuales. Calculo. Porque no me interesa ser malicioso... Copulan -puedo decirlo, aunque ella nunca abrió la boca para decir nada al

respecto- para no perder, por abandono, el derecho sobre la cosa. No otro es mi caso con Amanda. Con su novio de adolescencia Emidia copula dentro de una burbuja que flota fuera del tiempo. Esta situación no puede evolucionar ni involucionar. Copularán hasta en la senectud, para no perder el derecho al tesoro de los recuerdos. Ninguna de las dos situaciones carece de sentido ni de mérito. A nuestra relación, que es la única que se funda en un valor trascendente, como he llegado finalmente a comprenderlo, que es la navegación del proceloso Mare Tenebrarum en persecución de lo Sublime, a nuestra relación, digo, esas situaciones, con sus gestos y sus afectos codificados y ordenados, le sirven a manera de coraza, nos proveen de identidades perfectamente legitimadas, como una muralla nos separan del mundo, nos alejan de toda tentación, anulan toda inquietud o peso del afuera, y nos permiten concentrarnos en nuestro viaje insólito, en ir más allá de toda realidad, donde ya no queda nada, ni siquiera un nosotros, disuelto en un goce al que no por nada se sepultó en un lugar tan insospechable. Y esto, compréndase, no tiene precio, porque es aquello por lo que es posible soportar el destino de vivir una vida. En fin... exagero quizá. Los últimos acontecimientos han podido conmigo, e intento empaquetarlos de la manera más razonable y más elegante posible.

La verdad es que desde el alto mirador en el que he venido a instalarme las cosas realmente me parecen acomodarse de la mejor manera para lograr las finalidades más deseables. Emidia nunca va a divorciarse porque el valor que adjudica al constructo familiar le resulta intocable. Una tarde en que me salté la barda tres veces, la oí, agotada, murmurarme al oído: No tenemos que

pasarnos, porque se van a dar cuenta, y no es lo que queremos. Nunca va a alejarse de George porque viven -al menos una vez por semana, y creo que eso les es suficiente- un amor ideático que, frustrado en un momento de delicada sensibilidad, no dejó de crecer en ellos como un tumor inextirpable. ¿Y yo? De mi tampoco es capaz de separarse porque soy el dueño del circo, el que es capaz de transportarla hasta allí desde donde es visible la Tierra Prometida. De más está decir que ni con Emidia manejo este esquema interpretativo. Nadie quiere saber la verdad de las cosas. Basta con vivirlas consistentes y estables. Compartimentar se llama. Que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu mano derecha.

De a ratos me entretengo imaginando la intimidad mental de George con Emidia. No la física, que esa la tengo muy clara. No analiza la situación. Piensa que la índole extraordinaria de la relación excluye cualquier tangencia con las situaciones vulgares de infidelidad. Ni se le ocurre pensar en pedirle que se separe de su legítimo o de mí. Ellos en su burbuja y afuera nada, la inmensidad insignificante. Se satisface ¡nada menos! con el milagro de resucitar de sus cenizas el amor verdadero, el primigenio, el virginal. Con su cura confesor negocia un pacto según el cual no se divorciará y rezará cuantos padrenuestros y avemarías se le impongan, pero continuará la relación con Emidia. La cual, en espejo, debe de razonar parecido. ¿Para qué romper con su legítimo y con el dueño del circo, y para qué exigirle a su fantasmático amor de adolescencia que abandone a su familia? ¿Para qué perder el Mundo y ganar el Cielo cuando, sin esfuerzo alguno que no le resulte por lo menos placentero, puede conservar el Cielo y ganar el Mundo? En lo que me

conciérne: si en ningún momento pensé en abandonar a mi familia, ni me importó que Emidia compartiera el lecho conyugal con su legítimo, concediéndole el débito conyugal ¿qué me podría importar que se deleitara en su fantasía amorosa con George? Comparado con lo que ella y yo tenemos es como si los martes por la tarde se fueran al cine a hacer manito.

24

Así pues, cuando el sábado por la mañana volvimos a juntarnos con George para un rato de tenis, aunque ambos, cada uno a su manera y en su medida, estábamos ahítos del bello culo de Emidia, ella no estuvo para nada en nuestra conversación. Antes del match hablamos de la trama de estafas y lavado de dinero en el negocio de la ganadería. Y después, en las duchas, aunque desnudos y a la vista los instrumentos de nuestra pasión, sólo conversamos de la deficitaria ecuación entre la calidad y el costo de la educación privada que le pagamos a nuestros hijos. Quizá sintiéndose un poco culpable por la paliza que me propinó en el último encuentro, esta vez, discretamente por supuesto, me permitió alimentar un poco la ilusión de que, después de años de esfuerzo, estoy jugando un poco mejor, ilusión que a mí me da como para durante algunos días sentirme preclasificado para Roland Garros.

75

